

José Ramón Mélida, un arqueólogo entre dos estilos

Daniel CASADO RIGALT

Departamento Prehistoria.
Universidad Complutense

RESUMEN

José Ramón Mélida debe ser considerado como el arqueólogo español más representativo del más de medio siglo que transcurre en la etapa comprendida entre 1875 y 1936. Heredero de la tradición anticuaria precedente, Mélida supo imprimirle a la Arqueología nuevos aires en sintonía con los principios positivistas y científicos. Consiguió reducir la distancia existente entre la arqueología española y la europea, gracias, en parte, a sus contactos con los hispanistas franceses. Trató de europeizar y despolitizar la ciencia española con el fin de conseguir su autonomía científica. Participó también en las excavaciones de Numancia y Augusta Emerita, además de alcanzar la dirección del Museo de Reproducciones Artísticas y del Museo Arqueológico Nacional.

Palabras clave: historiografía arqueológica en España.

ABSTRACT

José Ramón Mélida, an archaeologist between two styles. José Ramón Mélida is the most important archaeologist in the period between 1875 and 1936. Being a heir of the former antiquarian tradition, he knew how to conform the old Archaeology to the Positive and Scientific Principles. Thanks to his contact with French hispanists he could approach the Spanish and the European Archaeologies together. He tried the Spanish Archaeology to get closer to the European one, as well as to be got rid of its political bias. He took part in the excavations of *Numantia* and *Augusta Emerita*. He also gained a position as manager of Museo de Reproducciones Artísticas and Museo Arqueológico Nacional.

Key Words: Archaeological Historiography in Spain.

La relevancia científica de una figura como José Ramón Mélida trasciende su biografía de arqueólogo. No solo representa una época de transición en la arqueología española del último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, sino que personifica la asimilación de las corrientes y tendencias histórico-culturales gestadas en Europa. Su figura emerge entre el elenco de arqueólogos que adaptaron la disciplina arqueológica a los nuevos tiempos. Apoyándose en los principios científico-positivistas, participó en la configuración de un nuevo panorama para la arqueología española del siglo XX. Su mérito radica en haber tendido un puente entre dos perfiles de arqueólogos: el de corte anticuario, erudito y procedente de una formación artística; y el que desarrolló un nuevo concepto más apegado a las ciencias naturales. Mélida representa la transición entre el arqueólogo-historiador deci-

monónico y el geólogo-prehistoriador, más próximo a las nuevas técnicas arqueológicas y al trabajo de campo.

José Ramón Mélida nació en un entorno de burguesía madrileña y su educación se forjó entre miembros del clero, cuando casi las dos terceras partes de los alumnos de enseñanza media estaban en manos de órdenes religiosas. El legado familiar dejó en él un poso que habría de marcar su trayectoria y que estimularía su temprana vocación humanista. De su hermano Enrique, heredó una afición pictórica presente a lo largo de toda su vida. Arturo, por su parte, le transmitió conocimientos técnicos —arquitectónicos, escultóricos y de artes menores— que le facilitaron su familiaridad con la terminología científica desde joven. Además, fue Arturo el que le abrió las puertas del entorno artístico madrileño, tanto a nivel institucional, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y Ateneo de Madrid, como a nivel personal. Aunque formados en campos diferentes, Arturo y José Ramón compartieron un talante ecléctico y versátil. Uno desde el Arte y otro desde la Arqueología. También heredó de él su legado humanista en la aspiración de abarcar muchas áreas de conocimiento. Si Arturo fue escultor, pintor, arquitecto, decorador, ilustrador y restaurador, José Ramón fue novelista, historiador, crítico y arqueólogo. Ambos reflejan una época en la que no existía la especialización y todavía se estilaba la figura del sabio o erudito con vocación universalista.

Tras una infancia y adolescencia rodeada por un ambiente familiar proclive al cultivo de las Artes, José Ramón Mélida comenzó su etapa de formación, repartida entre la Escuela Superior de Diplomática, el Ateneo, el Museo Arqueológico Nacional y la Institución Libre de Enseñanza¹. En la Escuela Superior de Diplomática² ingresó con diecisiete años. Se adivina en esta decisión una vocación ligada al estudio y conservación del Patrimonio Nacional, acorde con el verdadero cometido de la Escuela: formar técnicos profesionalizados que administraran el extenso legado histórico-artístico incautado a la Iglesia desde 1835. En sus tres años de formación, de 1873 a 1875, cursó asignaturas más próximas al Arte que a la Historia, y en las que la Arqueología era concebida bajo una óptica de tradición anticuaria. Los conocimientos adquiridos por Mélida en esta etapa se inscriben en el plano teórico y representan el bagaje cultural sobre el que se asentaría su posterior formación práctica. Se convertía así en futuro depositario, organizador e investigador de todo el saber y cultura contenidos en archivos, bibliotecas, monasterios, etc., ante la necesidad de una gestión más intensiva y una independencia frente al poder político, participando en la “construcción del método de investigación histórica”. De esta manera, se produjo su ingreso en 1881 en el “Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos”, cuyo principal órgano de expresión fue la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”. La labor pedagógica de la Escuela representaba, además, la penetración del talante positivista francés, que tanta huella dejó en Mélida y que favoreció su decisión de ingresar en este centro.

¹ A. Jiménez García, *El Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1986.

² M. E. Sotelo Martín, *La Escuela Superior de Diplomática en el Archivo General de la Administración*, Madrid, 1998; I. Peiró Martín; G. Pasamar Alzuria, *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, 1996.

Las primeras asignaturas cursadas en la Escuela Superior de Diplomática condicionaron los posteriores derroteros del Mélida arqueólogo e historiador. Del profesor Manuel de Assas recibió una nueva visión humanista propia de un arqueólogo del Romanticismo o “arqueólogo monumental”. Representaba a la Arqueología de los que miraban hacia la Historia y el Arte, considerándose estudiantes de humanidades, en contraste con los que la identificaban con la Geología y la Ciencia Natural. Otra herencia que Manuel de Assas inculcó en Mélida fue el distanciamiento respecto de la Prehistoria, considerada por aquél como oscura y más ligada a disciplinas como la Geología, hecho que se vio reforzado por la consideración de herética y nociva que tenía entre los sectores más conservadores. Mélida apenas se interesó por la Prehistoria en sus comienzos, lo que habría de repercutir en su distanciamiento respecto de una disciplina que tardó en ser asimilada en España. Además, no consta relación alguna de Mélida con prehistoriadores de peso en la España de su época como Henri Breuil, Hermilio Alcalde del Río o Émile Cartailhac. Únicamente la relación que mantuvo con Hugo Obermaier en el ámbito universitario y en la Real Academia de la Historia. El megalitismo y la cerámica fueron los únicos campos de la Prehistoria a los que dedicó cierta atención.

La afición orientalista de Manuel de Assas fue también adoptada por Mélida y matizada en su temprano cultivo de la Egiptología, que prolongaría con entusiasmo su otro maestro Juan de Dios de la Rada y Delgado. Las lecciones de este último, que impartió la cátedra de *Numismática y Epigrafía*, se dejaron sentir más en el ámbito museológico, faceta que luego desarrollaría Mélida junto a él en el Museo Arqueológico Nacional. Rada y Delgado dejó en Mélida la huella de una nueva dimensión adquirida por la Arqueología en el último cuarto del XIX, en la que la masa social debía tomar conciencia de su pasado. Enlazaba así con una tradición procedente del siglo XVIII, en la que los Museos fueron concebidos como centros de instrucción pública. El tercer profesor en el que se reconocen influencias es Juan Facundo Riaño, por la valoración estética del objeto artístico, que hizo que Mélida se acercara más a cuestiones propias del Arte que a la Arqueología en esta etapa. En el plano ideológico, Riaño imprimió en Mélida un espíritu progresista que acabó relacionándole con la Institución Libre de Enseñanza, si bien Riaño, primero, y Mélida, después, acabarían distanciándose del entorno progresista que habían frecuentado.

Con la asignatura de Arqueología ausente de la universidad española, el Ateneo de Madrid se presentaba como otro centro de formación para Mélida. Poco a poco el Ateneo actuó como un centro de reunión y discusión en la década de 1880 convocando a importantes personalidades como Juan Vilanova o José Villaamil. Fue entonces cuando Mélida se integró en los actos organizados por el Ateneo, participando de sus debates, cursos y conferencias. A partir de la eclosión universitaria de 1900, el dinamismo cultural y el empuje didáctico-pedagógico del Ateneo acabó diluyéndose y perdiendo presencia en el escenario cultural, lo que supuso el alejamiento de Mélida respecto de este centro.

Con este bagaje de formación, Mélida ingresó en la sección de Prehistoria y Edad Antigua del Museo Arqueológico Nacional, reclamado por su ex profesor y futuro valedor Rada y Delgado, que debió de intuir un recorrido prometedor en la

carrera de Mélida. Corría el año 1876 y aquí iba a entrar en contacto directo con piezas arqueológicas, por primera vez, adquiriendo una verdadera dimensión práctica de la Arqueología. Debió de percibir la necesidad de crear modelos de investigación y de catalogación nada más encontrarse con las piezas del Museo Arqueológico Nacional. Pretendía, así, desarrollar un nuevo concepto clasificatorio que superara la trasnochada noción de acumulación de piezas arqueológicas en la búsqueda de un nuevo paradigma o modelo científico. Esta visión entroncaba con la aplicación del Positivismo y una nueva cultura científica, en la que debió de influir una visita a los museos parisinos en 1883. En su proyección de planteamientos racionalistas sobre el sistema de catalogación se adivina, además, el peso del historicismo. Esta corriente filosófico-cultural concedía a la variable histórico-temporal un protagonismo preeminente en el que se englobaban el resto de criterios clasificatorios.

Auspiciado por estos principios, fue publicado el *Catálogo del Museo Arqueológico Nacional* de 1883, firmado por Rada y Delgado, pero fruto de las horas de trabajo de Mélida. Como parte de esa necesidad catalogadora advertida por Mélida para las antigüedades del Museo Arqueológico Nacional, publicó en 1882 *Sobre los vasos griegos, etruscos e italo-griegos del Museo Arqueológico Nacional*. Como en el anterior, Mélida confeccionó este catálogo estimulado por la labor de Edmund Pottier en los catálogos del Louvre, museo que tendría ocasión de visitar en 1883. Básicamente, se inspiró en el sistema de catalogación empleado por el Barón de Witte y se nutrió de museólogos franceses, obviando algunas obras de referencia alemanas, incluso inglesas, fundamentales entonces. Este tipo de catálogos revelaba una valoración de la cerámica como “elemento cotidiano y cultural” capaz de aportar datos interesantes sobre una civilización determinada, frente a los estudios de anticuarismo en los que el interés se centraba en aspectos artísticos. El reclamo de la importancia de la cerámica era una prueba más del reflejo del Positivismo y su incorporación al mundo de la Arqueología. Idéntica proyección positivista le llevó a publicar la *Historia de la careta*, la *Historia del casco* y el *Vocabulario de términos de Arte* en la segunda mitad de la década de 1880-1890, tratando de imponer un criterio científico y utilitario que fuera más allá de la descripción formal. Cubría así el vacío existente en obras de referencia y consulta.

Todo este empeño de mejora proyectado por Mélida en el campo de la catalogación se inscribe dentro de un intento generalizado por mejorar la ciencia española, a la que trató de europeizar al más puro estilo unamuniano. Los Museos no sólo debían desarrollar una función de custodia y exposición de objetos, sino que debían ser el lugar destinado a despertar las inquietudes culturales del gran público, para así recuperar la memoria colectiva contenida en la cultura material del pasado, el *Volk* herderiano. En este planteamiento, consideró la conveniencia de trasladar a la capital los objetos encontrados en las provincias, en línea con la firmeza de las autoridades para no permitir la exportación de piezas al extranjero. Se compensaba así la falta de recursos con la que eran gestionados gran parte de los pocos museos provinciales existentes. Un buen ejemplo fueron la adquisición de los bronce de Costig

en 1895, la adquisición de la colección Vives³ mediante la fórmula de suscripción pública en 1910 y el inmediato ingreso del tesoro de la Aliseda en el Museo Arqueológico Nacional en 1920. Mélida ayudó también a estimular los estudios hispánicos al participar en la celebración del IV Centenario del Descubrimiento en 1892. Se trataba de una incursión fugaz y aislada en el americanismo, inscrita en la valoración de los territorios americanos como una prolongación del territorio español que ampliaba el concepto de Nación.

Su defensa y fomento de la ciencia española encaja con sus constantes reivindicaciones orientadas a solicitar más intervención del Estado en cuestiones patrimoniales para reducir el mecenazgo y la intromisión extranjera en asuntos culturales propios. A esta misma reivindicación responde su lamento de que el reconocimiento de autenticidad de las pinturas de Altamira hubiera tenido que llegar por comparación con otros ejemplos de pinturas rupestres francesas. Mélida confiaba en el fomento de la autonomía científica española para poder sacudirse el padrinazgo que todavía ejercía la investigación foránea. En el ámbito nacional, alabó la gestión cultural emprendida por Cataluña en un tono de “sana envidia” y reconoció la delantera tomada por esta región en conceptos museológicos, en el fenómeno del excursionismo o en el dinamismo editorial alcanzado. Entabló una relación fructífera con investigadores y humanistas catalanes de la talla de Pedro Bosch Gimpera, compañero suyo en la Real Academia de la Historia, lo que debió de favorecer su designación en 1924 como nuevo académico correspondiente por Madrid de la “Real Academia de Buenas Letras de Barcelona”.

Además de la Escuela Superior de Diplomática, el Ateneo y el Museo Arqueológico Nacional, Mélida contó con otra institución señera entre sus centros de formación: la Institución Libre de Enseñanza. Desde la sección de “Arqueología y Bibliografía Crítica” de su Boletín, compartió con el aragonés Joaquín Costa una experiencia de calado divulgativo en la que participó de la vocación europeísta, la conciencia integradora y el interés por la Ciencia y el progreso proclamados por esta institución. Este reformismo planteado a nivel científico encontró eco en Mélida cuando en 1898 departió con el francés Théophile Homolle sobre la posibilidad de formar arqueólogos españoles en las Escuelas Francesas de Roma y Atenas, proyecto en el que España estaba destinada a actuar como un satélite de Francia en el campo científico. De una manera parecida, concibió Pierre Paris su “colonización” científica de España. Aunque la idea no fructificó, los arqueólogos españoles sí tuvieron la oportunidad de formarse en otros países de Europa a partir de 1907 con la creación de la “Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas”. Mélida apenas gozó de estancias en el extranjero en su etapa de formación, al contrario de lo que hicieron otros contemporáneos suyos que venían del extranjero,

³ E. Manso Martín, “Colección Vives”, *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1993, 377-385; J. R. Mélida, “La colección de bronce antiguos de Don Antonio Vives”, *RABM* 4, 1900, 27, 70, 154, 351, 404, 541, 624, 649; J. R. Mélida, “Los bronce ibéricos y visigodos de la colección Vives. Medio de adquirirla para el Museo Arqueológico Nacional”, *RABM* 23, 1910, 484-486; J. R. Mélida, “Los bronce ibéricos y visigodos de la colección Vives. Suscripción pública para adquirirlas”, *RABM* (separata), 1912, 1-7.

como Jorge Bonsor, Luis Siret o Pierre Paris. Y cuando empezaron a enviarse los primeros pensionados Mélida tenía ya 50 años y había perdido una gran oportunidad que sí aprovecharon arqueólogos más jóvenes como Pedro Bosch Gimpera o Antonio García y Bellido.

La verdadera introducción de Mélida en la Institución Libre de Enseñanza debió de estar apadrinada por Juan Facundo Riaño, antiguo profesor suyo en la Escuela y responsable de los primeros pasos de aquél en este centro formativo de perfil progresista. Aquí entró en contacto con conceptos como la Cultura Común de Johann Herder o la Intrahistoria de Krause, que aplicaría a sus planteamientos histórico-arqueológicos. Al estrecho contacto con Joaquín Costa, cuya línea de estudio se situaba más en el plano filológico, deben atribuirse, asimismo, sus tempranas actitudes de corte regeneracionista. En cuanto al contenido temático de los artículos, se detecta la resonancia del orientalismo y las continuas noticias reflejadas en sus páginas en un momento de eclosión de la arqueología de Próximo Oriente. También el celtismo reinante entonces se refleja en el tratamiento de los artículos, si bien solo caló de forma superficial en los esquemas histórico-arqueológicos de Mélida. Se fomentaba el contacto directo con la Naturaleza, los conocimientos adquiridos de las mismas fuentes y el fenómeno excursionista como principios de base positivista que encajaban perfectamente con el talante aperturista de Mélida. Éste quería desligar la Arqueología del estrecho campo de la erudición para imprimirle nuevos aires cientifistas acorde con el entorno y acercarla al gran público. Sobre todo a aquella burguesía pujante que saciaba así sus inquietudes culturales para consolidar un nuevo concepto de cultura nacional en el que el Patrimonio actuaba como instrumento de transmisión ideológica.

Si en la Escuela Superior de Diplomática Mélida recibió conocimientos teóricos, en la Institución Libre de Enseñanza entró en contacto con conceptos prácticos que ampliaron su perspectiva humanística. Aunque no tuvo contacto directo con piezas arqueológicas ni se formó como arqueólogo de campo, Mélida asimiló conceptos pedagógicos que proyectó posteriormente sobre sus procedimientos de actuación científica. Si bien los principios de Mélida no comulgaban con el laicismo propuesto por los krausistas, sí sintonizaban con las líneas maestras de su proyecto educativo y reformista. Prolongaba, en cierto sentido, la labor de Rafael Altamira en la que pretendía imponer una Historia que actuara como disciplina autónoma y en la que el historiador fuera un especialista y no un escritor.

Mélida congenió con los sectores progresistas en sus años de formación, tanto en la Institución Libre de Enseñanza como en el Ateneo de Madrid. Sin embargo, supo combinar esos contactos con su participación en eventos donde primaban los estamentos próximos al poder. De hecho, mantuvo una fluida relación con la Duquesa de Villahermosa por la sensibilidad artística y las importantes colecciones reunidas por sus antepasados desde el siglo XVI. De esta casa llegó a ser bibliotecario y acudió a actos de índole cultural en calidad de *cicerone*.

A medida que cumplía años, se produjo un paulatino acercamiento a los entornos academicistas y conservadores que le distanciaron de los ambientes frecuentados en sus años de juventud. Esta proximidad al conservadurismo académico le acarrearó despiadadas críticas como las proferidas en 1914 por el izquierdista soriano

Benito Artigas Arpón, a la sazón amigo de Adolf Schulten y posiblemente germanófilo, desde el diario republicano “El Radical”. Mélida debió de simpatizar con la causa aliadófila por su axiomática predisposición francófila, si bien nunca se significó rotundamente en este posicionamiento. Sin embargo, Artigas le convirtió en blanco de un feroz ataque dialéctico desde la demagogia y la sátira. Mélida representaba una postura en armonía con las fuerzas vivas sorianas y el academicismo oficial, en oposición a Adolf Schulten y a su defensor Artigas. Puede sostenerse como segura la falta de afinidad ideológica entre el conservadurismo de Schulten y el republicanismo izquierdista de Artigas. Los intereses que justifican esa amistad tienen que ver más con el afianzamiento de vínculos entre clanes locales que con cualquier viso de proximidad ideológica. No obstante, la faceta de historiador y arqueólogo de Mélida rebasó con creces cualquier filiación ideológica o tendencia doctrinal que pusiera en duda su verdadera vocación de humanista. Procedente de una familia de tradición conservadora, su vida transcurrió en la indefinición política y la heterodoxia, logrando que el apellido Mélida haya pasado a la Historia por sus méritos histórico-artísticos, alejado de suspicacias doctrinales. Su condescendencia ideológica puede detectarse también en la laxitud que mostró a la hora de divulgar noticias y publicar artículos en diarios de todo tipo de tendencias.

La formación de Mélida se completó con los primeros contactos y estancias en el extranjero: Lisboa, en 1882; París, 1883; y Mediterráneo Oriental en 1898. El arqueólogo madrileño representó a España por primera vez en una exposición de “Arte Ornamental Retrospectivo español y portugués” celebrada en Lisboa el año 1882. El acto llevaba implícito un trasfondo “iberista” que trataba de fortalecer el sentimiento de unión entre los dos países. Pero los intentos de una unión ibérica acabaron dando paso a una corriente de sobrevaloración de la cultura ibérica dirigida a partir de la Restauración. Esta óptica pro-ibérica había sido planteada en el último tercio del XIX como la construcción de un modelo que se constituiría en versión oficial a partir de 1875. Encontró apoyo en el programa legitimador canovista, fue estimulado por la unificación de Italia y Alemania y pretendió buscar la unidad estatal de la Península Ibérica. Aunque Mélida no participó activamente de este primer “brote” decimonónico tendente a magnificar la cultura ibérica, sí fueron sedimentándose en él ciertas percepciones que acabaría desarrollando en los primeros años del siglo XX.

Una de las constantes de Mélida a lo largo de su vida fue su inclinación francófila, que tendría ocasión de apuntalar tras un viaje realizado a París en 1883, con 27 años y en plena fase de formación como arqueólogo. Observado con una amplia perspectiva temporal, puede contemplarse este viaje como un precedente lejano de lo que a partir de 1907 haría la “Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas” enviando pensionados españoles al extranjero para mejorar su nivel. Se trataba de una medida teñida de espíritu europeísta y regeneracionista orientada a despolitizar la ciencia española y a ampliar su horizonte. Los conocimientos adquiridos por Mélida en los museos parisinos ampliaron sus nociones museológicas y estimularon su afición por la egiptología, disciplina en la que destacó la aportación de Jean François Champollion, el Vizconde de Rougé, Paul Pierret o Gaston Maspero. Desde la Guerra de la Independencia, había surgido en España una doble acogida al país vecino: la de los que rechazaban al invasor sin

paliativos y la de los que pretendían facilitar la penetración de influencias francesas en España. La familia Mélida se encontraba entre aquel sector atraído por la *grandeur de la France* y cercana al afrancesamiento⁴. De esa misma matriz se desprendería la evidente aceptación del Positivismo por parte de José Ramón Mélida. Otro motivo de proximidad fue su vínculo familiar tras el matrimonio de su hermano Enrique con María Bonnat, y su dominio de la lengua francesa, circunstancia esencial en su exclusividad idiomática francesa. Debió de tener conocimientos de inglés y de italiano, pero no de alemán, a pesar de haber sido nombrado socio correspondiente del “Instituto Arqueológico del Imperio Germánico” en 1884. Realizó visitas periódicas a París, Burdeos y Bayona, lo que le permitió establecer una red de contactos con sus colegas franceses. En cierto modo, empezó a asumir un rol de corresponsal que mantenía al corriente a los hispanistas franceses y que estaba dispuesto al intercambio cultural entre los dos países vecinos⁵. La culminación fue la



Fig. 1. José Ramón Mélida.

⁴ M. Artola, *Los afrancesados*, Madrid, 1989.

⁵ E. Gran Aymerich; J. Gran Aymerich, “Les échanges franco-spagnols et la mise en place des institutions archéologiques (1830-1939)”, *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, 117-124; A. Niño, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España. 1875-1931*, Madrid, 1988.

fundación en 1928 de la Casa de Velázquez o Escuela Francesa en Madrid, la institución arqueológica más importante hasta la Guerra Civil.

El viaje efectuado por Mélida en 1898 por el Mediterráneo Oriental fue fundamental en su trayectoria y tuvo una importancia crucial en el devenir del Mélida arqueólogo. No sólo amplió su perspectiva científica, gracias al conocimiento *in situ* de los principales yacimientos y museos de Grecia, Turquía o Italia, sino que entabló relaciones con significativos arqueólogos del entorno europeo. Por ejemplo, Théophile Homolle, con quien albergó la posibilidad de incorporar pensionados españoles a las escuelas francesas de Roma y Atenas y con quien participaría, tres décadas más tarde, en la redacción del *Corpus Vasorum Antiquorum*. En cierto sentido, sus experiencias prácticas y su conocimiento sobre el terreno de yacimientos y museos del Mediterráneo Oriental manifiestan la asimilación de conceptos positivistas en los ambientes de la Institución Libre de Enseñanza, como el contacto directo con el objeto de estudio. Este viaje puede considerarse como un verdadero punto de inflexión en su vida. Con 42 años conocía por primera vez sobre el terreno los yacimientos de los que tanto había oído hablar y sobre los que tanto departió en cursos, conferencias y publicaciones. Esta tardía incorporación al conocimiento de los yacimientos y sus territorios explica que Mélida nunca fuera un arqueólogo de campo de primera línea en su época, si bien todavía tuvo tiempo para desarrollar sus facultades en las labores de campo emprendidas en Numancia y en *Augusta Emerita*.

Mélida compartió sus dedicaciones profesionales con la publicación de ocho novelas entre 1880 y 1901. La aportación de la etapa novelesca de Mélida no hay que buscarla en su calidad literaria y en el reconocimiento de sus contemporáneos sino más bien en lo que supuso para su etapa de formación. Perfeccionó su redacción, aprendió a documentarse recurriendo a archivos, bibliotecas, museos y testimonios y se instruyó en el manejo de tecnicismos y vocabulario específico. Incluso, mantuvo cierto contacto epistolar con literatos de la época como Juan Ramón Jiménez.

Las relaciones de poder desempeñaron un papel decisivo en las circunstancias que rodearon la consecución de plazas y cátedras. Si de Basilio Sebastián Castellanos de Losada y Juan de Dios de la Rada y Delgado obtuvo la ayuda necesaria para entrar a formar parte del Museo Arqueológico Nacional y para beneficiarse de una plaza de Oficial de Tercer Grado en el escalafón del Cuerpo Facultativo, la proximidad de Juan Catalina García respecto a los grupos neocatólicos y conservadores —entre ellos, el Ministro de Fomento, Alejandro Pidal— le privó de obtener una cátedra de Arqueología en la Escuela Superior de Diplomática. La vía de la recomendación se revelaba como la solución más eficaz en un contexto donde el clientelismo se imponía a cualquier trámite burocrático, oposición o concurso.

En cuanto a sus preferencias arqueológicas, Egipto y Grecia pueden considerarse como las dos civilizaciones del pasado en las que Mélida volcó su interés en sus primeros años como investigador. Su afición por la egiptología, que apenas contaba con tradición en España, se vió refrendada y estimulada por sus profesores Manuel de Assas y Juan de Dios Rada y Delgado, que prolongaron sus aptitudes como egiptólogo desde muy joven. Hasta la negación de una cátedra de Egiptolo-

gía entre 1899 y 1900, Mélida cultivó una egiptología exclusivamente de gabinete, ya que nunca participó en ninguna excavación ni trabajo de campo. Posiblemente se ha magnificado la faceta egiptológica de Mélida, que no dominaba la escritura jeroglífica y cuyos conocimientos se circunscribían a los adquiridos, de forma general y superficial, a nivel académico y bibliográfico. De hecho, no visitó el país del Nilo hasta 1909. No obstante, conoció a fondo las colecciones egipcias del Museo Arqueológico Nacional y tuvo en los egiptólogos franceses a sus principales maestros. Desde el punto de vista editorial, sí fue de gran mérito la publicación de un manual⁶, tan necesario como decisivo en un país donde los estudios egipcios no tenían apenas tradición y en una época en la que sólo Rada y Delgado y el diplomático Eduardo Toda habían mostrado cierto interés por el Egipto faraónico.

Paralelamente, Mélida sintió por Grecia una admiración similar. El redescubrimiento decimonónico de la cultura griega, impulsado por las excavaciones de franceses y alemanes en un contexto de colonialismo científico, acentuó el interés de Mélida por la *Helade*. Como en el caso de Egipto, se propuso cubrir el vacío existente de manuales españoles sobre arte griego⁷. Una vez más, se trataba de un manual confeccionado desde la labor bibliográfica y la revisión de obras extranjeras, especialmente francesas. Hasta 1898, no pudo Mélida conocer *in situ* los principales yacimientos griegos en su viaje por el Mediterráneo Oriental que amplió su conocimiento de los enclaves arqueológicos y sus entornos.

En el último cuarto del siglo XIX, los arqueólogos europeos recurrían a dos modelos para explicar el flujo de préstamos culturales entre las sociedades antiguas: el difusionismo de corte orientalista y el difusionismo de corte helenista. Mélida se hizo eco en la década de 1880-1890 de las teorías orientalistas que atribuían la inspiración de los artistas alfareros griegos a los productos fenicios importados por aquellos. Pero a medida que fueron descubriéndose las civilizaciones prehelénicas (Troya, Micenas y Creta) en el Mediterráneo Oriental, el filohelenismo, empezó a ganar adeptos. Entre ellos, Mélida, cuyo interés por Grecia se iría acentuando progresivamente en un contexto de redescubrimiento de la cultura griega. La importancia cultural de Grecia respecto a las raíces de Europa había arrancado a finales del XVIII con el Romanticismo alemán y las novedades arqueológicas de finales del XIX volvieron a incidir en el protagonismo de los griegos dentro del pasado europeo. Pueblos como el etrusco, fueron reducidos por Mélida a la categoría de imitadores de Grecia, revelando un esquema difusionista de corte helenista del que no se desprendería hasta adentrarse en la cuestión ibérica a principios del XX. Incluso, comenzaba a negar a los fenicios la originalidad en las producciones de cerámica pintada, que ahora otorgaba a los griegos.

A lo largo de su vida, las reflexiones culturales emitidas por Mélida desembocaron muchas veces en un planteamiento artístico-cultural de derivación winckelmanniana, según el cual todo pueblo sufría una evolución de cuatro estadios: primitivo o rectilíneo; hierático; arcaico y clásico. De hecho, concibió el arte posterior al clásico como una involución artística. Este razonamiento encajaría con el dualismo propuesto entre

⁶ J. R. Mélida, *Historia del arte egipcio*, Madrid, 1897.

⁷ J. R. Mélida, *Historia del arte griego*, Madrid, 1897.

el Neoclasicismo y Francia, y el Romanticismo y Alemania. Además, proyectaba los ciclos spenglerianos, asimilados por hombres de la Institución Libre de Enseñanza como Rafael Altamira, que conducían a la inevitabilidad de la crisis. En el caso ibérico, proyectó esta particular visión cíclica sobre tres fases: aprendizaje, perfeccionamiento y decadencia. El cuadro cíclico inspirado en Winckelmann acompañaría a Mélida en sus teorías sobre el arte ibérico hasta el final de su vida, evidenciando la ausencia de esquemas alternativos que pudieran superar esa visión apriorística.

La instrucción artística de Mélida no sólo se percibe en la herencia winckelmanniana de algunos de sus planteamientos, sino también en su depurado criterio en cuestiones como la labor de los restauradores de la época. Les acusaba de “asesinar los cuadros” y falsear las obras, evidenciando una convencida militancia en esa corriente antirrestauracionista defendida por Violet-le-Duc, Juan Facundo Riaño, Josep Puig i Cadafalch o Leopoldo Torres Balbás. Puede imputarse esta faceta de crítico, una vez más, a la referencia de sus hermanos Enrique y Arturo que le proporcionaron un don de artista del que carecían otros arqueólogos. De hecho, José Ramón Mélida sostenía que el Arte y la Arqueología eran inseparables, una afirmación en sintonía con su formación e influencias y que refleja los difusos límites entre ambas disciplinas hasta bien entrado el siglo XX. Mélida representaba al arqueólogo que progresivamente se acercaba a la arqueología científica, desde una arqueología condicionada por pautas artísticas e incluso literarias.

Tras completar su período formativo, Mélida concentró sus esfuerzos en la Protohistoria, especialmente la cultura ibérica, y la Arqueología clásica de la Península Ibérica. El eje de estos estudios fueron las excavaciones acometidas en Numancia y *Augusta Emerita*, que fueron fundamentales en la consolidación y prestigio arqueológico de Mélida. Su contribución como prehistoriador, sin embargo, se redujo a disquisiciones sobre cerámica y megalitismo.

Al tiempo que las autoridades culturales españolas negaron la creación de una cátedra de arqueología egipcia en los últimos meses del siglo XIX, José Ramón Mélida comenzó a adentrarse en la problemática ibérica. Los primeros arqueólogos en acotar los límites cronológicos de la cultura ibérica habían arrancado en la Prehistoria, en lo que actualmente sería el Paleolítico. Fue el caso de Manuel de Góngora. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Fidel Fita, Carlos Lasalde o Juan Vilanova habían tratado de delimitar el sustrato cultural ibérico vinculándolo con el inicio del unitarismo y enfrentándose a un contexto arqueológico que ofrecía pocos indicios seguros. Luis Siret, por su parte, propuso una correspondencia de la cultura ibérica con el período Neolítico y Rada y Delgado ya advirtió de “*un fondo ibérico en las producciones del Cerro de los Santos*” cuando en 1875 pronunció su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia.

Pero quienes realmente asociaron el sustrato ibérico con una cultura material definida fueron Pierre Paris y Arthur Engel, inducidos por su colega León Heuzey, que intuyó la existencia de un arte ibérico mientras Paris y Engel acometían su labor sobre el terreno desde los últimos años del siglo XIX⁸. Puede considerarse que fue-

⁸ P. Rouillard, “Arthur Engel, Pierre Paris y los primeros pasos en los estudios ibéricos”, *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*, Madrid, 1999, 25-32.

ron ellos, especialmente París, los primeros investigadores en identificar un horizonte cultural difuso, el ibérico, con una cultura material simplemente intuita en los descubrimientos escultóricos de finales del XIX, entre los que se encontraba la Dama de Elche. Mélida ya venía participando de la “cuestión ibérica” desde los primeros pronunciamientos estilísticos vertidos sobre las esculturas del Cerro de los Santos. Negó la filiación egipcia sostenida por Carlos Lasalde al tiempo que empezaba a sospechar de la autenticidad de las inscripciones. Uno de sus primeros veredictos, emitido en 1882, relacionó el santuario con los fenicios. De alguna manera, se dejaba llevar por la preponderancia de los estudios orientalistas llevados a cabo en el resto de Europa, por el frecuente tratamiento de temas próximo orientales en la sección que dirigió junto a Joaquín Costa en el “Boletín de la Institución Libre de Enseñanza” y la relevancia otorgada a los yacimientos excavados entonces en Próximo Oriente. Fruto de esta tendencia fue su propuesta cronológica del siglo IX antes de Cristo para la bicha de Balazote. Este error cronológico de cuatro siglos vino provocado por su convencimiento del carácter oriental de la pieza, que le hizo adelantar la fecha para atribuirle un parentesco caldeo-asirio.

Ya en 1895, incorporó a su discurso un componente greco-fenicio en el estilo de las esculturas, con cierta dosis de caracteres indígenas, que Mélida asociaba a una fase hierática propia de las civilizaciones aisladas y que también había percibido Rada y Delgado veinte años antes. Se estaba produciendo un paulatino acercamiento hacia posturas filohelenistas. Por entonces, las estatuas del Cerro fueron depositadas en el Museo Arqueológico Nacional a medida que Paulino Savirón actuaba en el yacimiento. Sin embargo, era Rada y Delgado el que interpretaba las piezas sin apenas conocer el yacimiento y desde un aislamiento excesivo. De hecho, magnificó su viaje a Oriente a bordo de la fragata *Arapiles* convirtiéndolo en experiencia arqueológica de referencia de la que nacieron muchas de sus propuestas culturales. Mélida debió de detectar esta búsqueda de notoriedad y prestigio por parte de Rada y Delgado, pero su posición no le permitía denunciar abiertamente el oportunismo de Rada ni la injusticia cometida con Paulino Savirón.

El más delicado asunto concerniente a las estatuas del Cerro de los Santos recayó sobre la dudosa naturaleza de su autenticidad. En 1878 habían levantado las primeras sospechas en París entre arqueólogos como Adrien de Longpérier, dudas que Mélida atribuyó a la manía fenicia y a la visión helenocentrista, y a las que se sumaría Emil Hübner diez años más tarde. Una vez abierto el debate en torno a la autenticidad de las piezas, Mélida sintió el deber patriótico de depurar esta cuestión para dignificar la imagen de la arqueología española y la dudosa gestión en la adquisición de las estatuas. Además, en 1875 Rada y Delgado había errado al defender la autenticidad de la colección, circunstancia delicada a los ojos de un Mélida cuya deuda laboral con Rada y Delgado oprimía su libre pronunciamiento. Desde 1881, cuando entró en contacto directo con las piezas del Cerro de los Santos en el Museo Arqueológico Nacional, había tenido la ocasión de analizar las piezas pero hasta 1903 no llevó a cabo un exhaustivo examen de las estatuas⁹. En un principio, su

⁹ J. R. Mélida, “Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad”, RABM 8, 1903, 85-90, 470-485; *ibidem*, RABM 9, 1903, 140-148, 247-255, 365-372; *ibidem*, RABM 10, 1904, 43-50; *ibidem*, RABM 11, 1904, 144-158, 276-287; RABM 12, 1905, 37-42; RABM 13, 1905, 19-39.

vena patriótica le hizo desechar cualquier recelo, pero no tardó en reconocer que el apartado epigráfico despertó sus primeras dudas. Con Rada y Delgado ya fallecido, Mélida abordó el estudio pormenorizado de las estatuas, liberado de una posible represalia por parte de quien había sido su maestro y mentor a nivel laboral. Rada y Delgado representaba para Mélida el perfil de arqueólogo erudito y de corte decimonónico, cuyo espíritu crítico necesitaba de un reciclaje generacional. Excesivamente dedicado a labores de arqueólogo de gabinete, Rada y Delgado careció de contacto directo con los yacimientos y permaneció alejado de la visión dinámica y científica que Mélida había asimilado en el Ateneo o la Institución Libre de Enseñanza. Tras analizar la colección, con la ayuda de Francisco Álvarez-Ossorio, Mélida dictaminó la existencia de 202 piezas auténticas y 71 falsas.

El descubrimiento de la Dama de Elche en 1897 supuso un punto de inflexión en la valoración del arte ibérico y su hallazgo trascendió pronto el ámbito arqueológico para ser convertido en icono del iberismo (hispanismo) al tiempo que iban surgiendo toda suerte de interpretaciones iconográficas. Sobre su cronología, Mélida propuso, el mismo año del hallazgo, las décadas finales del siglo III antes de Cristo relacionándolo con el arte cartaginés. Sin embargo, su posterior óptica filohelenista modificó su análisis estilístico, al percibir una simbiosis de estilos en la expresión del rostro, e idéntica inclinación le llevó a emparentar las falcatas ibéricas de Almedinilla con un origen griego arcaico. En 1908, consideraba que no era enteramente arcaica pero que tampoco llegaba a la buena época de la escultura de Pericles, y en contraposición señaló un elemento indígena en la expresión de la cabeza y en su decoración, que no se observaba en las obras de Grecia ni en las de Oriente. Incluso, advirtió un parecido entre la *mitra* de la Dama de Elche y el *pschent* egipcio. La fechó en el siglo IV antes de Cristo y la atribuyó a un artista ibérico de mucho mérito que aprendió el arte griego en la corriente jónica, sabiendo reunir los elementos del arte oriental de Andalucía con los elementos helénicos de Levante. Una de las conclusiones a las que llegó fue el adelanto artístico de la Contestania (Alicante) y Edetania (Valencia) respecto a la Bastetania (Albacete y Murcia), guiado por los hallazgos escultóricos: Elche, Cerro de los Santos, Agost, etc.

En su planteamiento histórico-artístico, presentaba lo griego como sinónimo de alto grado cultural y reducía a la categoría de “mala imitación” todo aquello que se alejaba de lo clásico. Aún subyacía en él una resistencia a reconocer plenamente el arte ibérico, al que no concebía si no era con una alta dependencia respecto del arte griego. Un enfoque que no sería superado hasta Massimo Pallottino en 1953, que rompería con los encorsetados arquetipos clasicocéntricos de su época para conceder un mayor protagonismo a las civilizaciones protohistóricas mediterráneas. Además, acabó con la concepción cíclica e inmutable que se había aplicado al Arte desde Winckelmann y a la que tanto recurrió el propio Mélida. En definitiva, el arqueólogo madrileño intuyó las múltiples influencias que convergen en la iconografía de la Dama, tal y como reconocen los especialistas en la actualidad.

Una de las cuestiones más delicadas es trazar la evolución seguida por Mélida a la hora de valorar la interacción entre las influencias externas (colonialismo-difusionismo) y los componentes indígenas advertidos en la estatuaria ibérica. Aunque tardó en digerir el indigenismo proclamado a principios del siglo XX por sus cole-

gas franceses León Heuzey y Pierre Paris —quienes tuvieron que contrarrestar el obstinado helenocentrismo de sus compatriotas Salomon Reinach y Camille Jullian— mostró un tono elíptico en sus publicaciones y discursos que hace complicada una lectura ordenada de sus teorías.

La base autoctonista proclamada por Paris redujo algo el componente difusionista en las teorías de Mélida, pero no lo suficiente como para descartarlo de sus hipótesis. De hecho, se refirió a la escultura ibérica como una escuela adulterada que descendía de calidad según se alejaba de los grandes momentos de la escultura helénica. El arqueólogo madrileño había sido el responsable de crear una sala ibérica en la nueva sede del Museo Arqueológico Nacional en 1895. Por entonces, las estatuas del Cerro de los Santos o *Gabinete de Yecla* conformaban esta sala, en una evidente asimilación por parte de Mélida de que existía un arte ibérico. Sin embargo, Mélida se resistía todavía a reconocer una cultura con entidad propia. Fue en ese punto donde confluyeron las sospechas autoctonistas de Heuzey y Paris con el lento proceso de revelación iberista detectado en Mélida. A la contribución foránea de la arqueología francesa en la puesta en valor del arte ibérico, se unió la predisposición francófila de un Mélida deseoso de “desenmascarar” los entresijos de un horizonte cultural intuido pero sin definir. La inauguración de una sala de arqueología ibérica en el Louvre en 1904 puede interpretarse como el reconocimiento oficial de los arqueólogos franceses al arte ibérico, tras la publicación en 1903 de *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive* de Pierre Paris. Mélida ya había puesto en marcha una sala ibérica, con las esculturas del Cerro de los Santos, nueve años antes en el Museo Arqueológico Nacional, pero la inauguración de esta sala en el Louvre, a la que se incorporaron la Dama de Elche y los relieves de Osuna, equivalía a una aprobación por parte de aquellos arqueólogos franceses que para Mélida eran referentes indiscutibles. En cierto modo, Mélida sintió el respaldo y aval científico de la crítica arqueológica gala.

El primer síntoma de aceptación por parte de Mélida se produjo en su afirmación de 1903 según la cual “*estamos hoy autorizados para decir que hay un arte español o, si se quiere, ibérico, con igual título que se admite un arte chipriota y un arte etrusco, uno y otro procedentes asimismo de una mezcla del arte fenicio y del arte griego con ciertos elementos nacionales*”. Poco a poco la persuasión de Paris se materializó en el mayor protagonismo cobrado por el componente local en los planteamientos de Mélida, cuyo medio de expresión fueron la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, y la sección “Extérieur. Bulletin Archéologique d'Espagne” dentro de la “Revue des Universités du Midi”. Las relaciones de Mélida con el hispanismo francés atravesaban por un momento de contacto intenso. Eran fruto, entre otros motivos, del acercamiento franco-español avivado por el rechazo que encontró el pangermanismo en buena parte de la intelectualidad latina.

José Ramón Mélida y Pierre Paris trazaron líneas de investigación paralelas en el proceso de identificación de una cultura ibérica original en los años próximos al cambio de siglo. De esta manera, convergían dos puntos de vista distintos con objetivos comunes. Paris representaba la escuela hispanista francesa de corte helenista y Mélida representaba la “avanzadilla española” dentro de aquella generación de historiadores con una honda preocupación por recuperar su pasado. Mélida era el

primer español en aproximarse a la postura autoctonista propuesta por Pierre Paris y engendrada por León Heuzey. Espoleados por un entorno donde las civilizaciones prehistóricas y protohistóricas mediterráneas (Chipre, Etruria, Fenicia, Micenas, Creta, etc.) comenzaban a cobrar protagonismo, se encaminaron hacia el proyecto común de “bautizar” a una cultura cuyas evidencias arqueológicas escondían una compleja realidad. Curiosamente, fue Mélida quien rebatió a Pierre Paris —en una recensión a su ensayo de 1904— por su propuesta unitaria del iberismo, realidad contemplada por aquel bajo un prisma regionalista con grandes contrastes entre unas zonas y otras. Los posteriores estudios de Pedro Bosch-Gimpera, cuyo director de tesis fue el propio Mélida, ahondaron en estas diferencias regionales proyectadas sobre las tipologías cerámicas.

A pesar del componente autoctonista que fue incorporando Mélida en sus planteamientos, partió de una base difusionista en la que la cultura ibérica prerromana representaba la incapacidad creativa y la imitación de culturas supuestamente superiores como la egipcia, la griega o la fenicia: “*los colonizadores traían la civilización, y los naturales eran salvajes que de ellos la recibieron*”. De igual modo, atribuyó el paso del Neolítico a la Edad del Bronce en la Península Ibérica al aporte civilizador de las primeras colonias asentadas en las costas peninsulares. Estas palabras, pronunciadas cuando ingresó en la Real Academia de la Historia en 1906, acreditaban su ambigüedad así como la intermitencia entre su discurso autoctonista y una óptica difusionista. Ese año, la asimilación de una cultura ibérica original por parte de Mélida debió de ser superior a lo reflejado en su discurso. Posiblemente, consideró imprudente pronunciar un discurso novedoso en el que se atribuyeran excesivas aptitudes y suficiencia culturales a un pueblo, el ibérico, que empezaba a perfilarse en el escenario arqueológico mediterráneo. Sabía el riesgo que entrañaba la introducción de nuevas perspectivas con las que pudiera alterarse una tradición histórica en la que las grandes civilizaciones del pasado seguían eclipsando a culturas emergentes, como la ibérica. Fidel Fita, encargado de responder el discurso de 1906, atribuyó las palabras de Mélida a la influencia materialista y darwinista de las escuelas con las que había tenido contacto. Indudablemente, el arqueólogo madrileño seguía evidenciando en su alocución un temor más forzado que sincero a proclamar abiertamente el reconocimiento de una cultura ibérica con entidad y caracteres propios. El año en que pronunció el discurso, a las puertas de 1907, ya había tenido tiempo para asumir la cercana certeza de una realidad ibérica. La creación de salas de arqueología ibérica, los estudios de la Dama de Elche, el análisis de la colección del Cerro de los Santos, la verificación de una escuela artística refrendada en los hallazgos escultóricos y la aportación paralela de los avances acometidos por León Heuzey y Pierre Paris eran avales más que suficientes como para sospechar que Mélida había digerido el concepto de cultura ibérica más de lo que reflejaba su discurso.

Una de las teorías que con más vigor penetró en los planteamientos artístico-culturales de Mélida fue la tendencia micénica recibida de Pierre Paris. En los mismos años que ambos trataban de dar sentido al problema ibérico, el filohelenismo francés adoptó en Paris una versión micénica que acabó afectando al propio Mélida. Para el arqueólogo madrileño, murallas como las de Tarragona; Castillo de Iberos, en

Jaén; San Miguel de Eramprunya y San Pedro de Casserres, en Barcelona; y Sagunto se habían inspirado en las de Micenas y Tirinto, las mejor dotadas de las conocidas hasta entonces y que sirvieron de referente arquitectónico. En su opinión, se había producido gracias a la transmisión cultural llevada a cabo por los pelasgos, cuya llegada a la Península situó en el siglo XIV antes de Cristo y a la que identificó con griegos rodios. Estos paralelos micénicos los amplió también a la construcción de tumbas, fortificaciones y a algunos tipos cerámicos que previamente habían dejado su impronta en Lidia, Frigia, Caria, Cerdeña, Etruria o las Islas Baleares. Percibió igualmente la naturaleza micénica de algunas diademas y collares de la Dama de Elche y algunas esculturas del Cerro de los Santos, advertidas también en la orfebrería troyana. En definitiva, el protagonismo que Mélida concedió a las culturas griegas era tan abrumador que relegó a los tirios (fenicios) a una función secundaria respecto a la desarrollada por los micénicos. Pesaba sobre él una visión difusionista en la que —por influencia de los helenistas franceses, del antisemitismo soterrado en parte de la sociedad europea y del paneuropeísmo que rechazaba la idea de dependencia respecto de Oriente— se negaba la capacidad artística del pueblo fenicio. Este hecho repercutió en la ralentización de su acercamiento a las tesis autoctonistas y su lenta asimilación de la realidad cultural ibérica. Empezaba a percibirse en Mélida una distinción entre el reconocimiento de una cultura ibérica con personalidad propia, a la que concedía cada vez más protagonismo, y la capacidad artística del pueblo ibero, a la que relegaba a una imitación desviada e imperfecta de los modelos clásicos. De ahí que adoptara la óptica winckelmanniana sobre los ciclos artísticos.

Sin embargo, todo el edificio teórico construido por Pierre Paris en torno a las influencias micénicas se vino abajo cuando se sintió incapaz de resolver las distancias cronológicas entre las culturas micénica e ibérica. Tanto el hallazgo del tesoro de La Aliseda como la puesta en valor de los descubrimientos de Galera en 1920 se produjeron cuando la gran mayoría de arqueólogos españoles empezaba a asimilar el nuevo enfoque de Pierre Paris, en el cual cobraba interés y protagonismo el componente local y los caracteres raciales del indígena. Mélida participaba ya de esta corriente autoctonista impulsada poco a poco por la confirmación de nuevos hallazgos que reforzaban la creencia en una cultura ibérica con personalidad propia. Podría afirmarse que a finales del siglo XIX Mélida empezó prolongando la percepción pro-ibérica de su maestro Rada y Delgado para acabar asimilando un concepto de cultura ibérica con personalidad propia y de tradición finisecular, que enlazaba con las inquietudes propias del Regeneracionismo.

Uno de los puntos de inflexión en la carrera de Mélida fue su participación en las excavaciones de Numancia desde 1906. Significaba su primera experiencia como arqueólogo de campo. La dirección recayó en una Comisión que representaba un equipo de trabajo parcelado y estructurado, donde cada miembro tenía asignada una tarea en el área de la que era especialista. Mélida comenzó desempeñando la función de vocal pero en 1912 alcanzó la vicepresidencia y al poco tiempo la presidencia, en sustitución del fallecido Eduardo Saavedra, a la sazón descubridor de Numancia tras sus excavaciones en la década de 1860. Precisamente fue este ingeniero tarraconense el verdadero cerebro de la Comisión y el responsable de

transmitir su experiencia a Mélida en los primeros seis años de intervenciones. Este nuevo procedimiento revelaba una organización inédita hasta entonces en España, donde las excavaciones arqueológicas habían dependido de iniciativas particulares carentes de equipos de trabajo.

Otro protagonista ineludible de la arqueología numantina fue Adolf Schulten, que excavó en el Cerro de Garray un año antes que la Comisión, viéndose relegado a excavar los campamentos de asedio desde 1906. Sin embargo, sus conocimientos técnicos debieron de servir de ejemplo a los miembros de la Comisión, una faceta en la que la supremacía alemana en el panorama arqueológico europeo era irrefutable. Su presencia en Numancia resultó discutida y despertó desconfianza en el propio Mélida, aparte de numerosas antipatías tanto en el ámbito soriano como en la Real Academia de la Historia. Su caso representa el celo de quienes veían amenazada la arqueología española por el intrusismo extranjero. Un planteamiento común a Mélida y Schulten fue la visión que proyectaron sobre Numancia: el primero proponiendo una herencia genética que los numantinos habían legado a los españoles y el segundo desde una óptica colonialista germana. Personaje de peso en las excavaciones de Numancia fue también el Marqués de Cerralbo, miembro de la Comisión desde 1912 que destacó tanto por su aportación de fondos como por la predilección que sentía por la arqueología soriana.

En plena efervescencia de la cuestión ibérica y con el negativo impacto que la pérdida de las colonias tuvo en la identidad nacional, Numancia encarnaba la reposición del decaído ánimo hispano como un icono del pasado que simbolizaba la bravura y el heroísmo. El propio Mélida recurrió a menudo, en sus primeras publicaciones sobre Numancia, a los testimonios grandilocuentes y exagerados de los cronistas latinos. Algunas de estas citas fueron aprovechadas para realzar un discurso impregnado de tintes nacionalistas —prolongado por otros miembros de la Comisión como Gómez Santacruz— en el que se remitía constantemente a la gloriosa Numancia como estandarte del españolismo, siguiendo el paralelismo que Napoleón III había establecido con la fortaleza gala de *Alesia*. Llegó incluso a atribuir la modestia urbanística de la Numancia reconstruida tras la victoria romana, al peso biológico que ejerció el engrandecimiento anterior de Numancia.

A pesar de su talante positivista y su insistencia en huir de la fabulación y el mito, Mélida incurrió en el defecto que él mismo había censurado¹⁰. Se dejó llevar por un patriotismo entusiasta —especialmente en sus entregas divulgativas tituladas *Numantina*— del que le costó despegarse. En una nueva contradicción tropezó al comparar el conflicto numantino-romano con la contienda bélica de los españoles en el Rif, al proponer un cambio de papeles invasor-invasido que Mélida expuso a su antojo. A la implicación del gran público con Numancia contribuyó la publicación de la serie *Numantina*, redactada por Mélida en las páginas de “El Correo”. En ese forzado paralelismo, la identificación de lo ibero con Numancia llevó a los historiadores y arqueólogos de entonces a reducir en exceso la presencia de elementos

¹⁰ A. Jimeno; J. I. de la Torre, “Numancia y regeneración”, *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, 1997, 471-483.

célticos en la cultura numantina, sustituyendo incluso el término “celtibérico” por el de “ibérico”. El propio Schulten ya había utilizado el término ibérico tras localizar las primeras estructuras urbanísticas en agosto de 1905 y el Marqués de Cerralbo también lo adaptó, influido por sus contactos con miembros de la Comisión como Mélida, para referirse a las necrópolis celtibéricas excavadas por él. Para Mélida eran iberos establecidos en tierras celtas, contradiciendo la tesis tradicional que consideraba anterior el sustrato ibero —algunos autores como Manuel de Góngora lo retrasaban hasta el Paleolítico— sobre el que habría sobrevenido la invasión celta. En cuanto a los períodos cronológicos peninsulares, convirtió la destrucción de Numancia en el 133 antes de Cristo en el referente que ponía fin a la Edad del Hierro, si bien su propuesta no caló hondo entre los arqueólogos de entonces. En cierto modo, magnificaba un episodio histórico, conocido por las fuentes, para considerarlo un punto de inflexión cronológico aplicable a toda la Península Ibérica. Debe interpretarse este hecho en un contexto en el que sólo el yacimiento de Numancia había proporcionado información suficiente como para tejer un cuadro cronológico fundamentado en su cultura material¹¹.

En el plano antropológico, se basó en un cráneo dolicocefalo de la época neolítica para defender la escasa aportación céltica a la población ibera. Según Mélida, el cráneo braquicefalo era el que correspondía a rasgos celtas. Únicamente albergó la posibilidad de detectar presencia céltica en los motivos ornamentales circulares de algunas fíbulas de caballito y en unos recintos de piedra de naturaleza cultual, partiendo de la validez del siglo IV antes de Cristo como fecha de la invasión de los celtas. Mélida, fiel seguidor de las teorías emitidas principalmente por arqueólogos e historiadores galos, debió de considerar como algo residual y secundaria la presencia de elementos celtas en la Península Ibérica. Mientras en España se seguía hablando de celtización sólo con datos filológicos y procedentes de las fuentes antiguas, Francia y Alemania proporcionaban cuadros cronológicos fundamentados sobre restos materiales referenciados en los horizontes culturales del Hallstatt y La Tène. Sus reticencias hacia el celtismo no hay que atribuir las a una predisposición antifrancesa sino a un convencido apego a lo ibérico, interrumpido en sus últimos quince años por alguna concesión céltica. Por ejemplo, en 1918 se refirió a la posible existencia de una citania, de raigambre céltica, donde hoy se levanta el anfiteatro emeritense. Y un año antes de morir, en 1932, publicó un informe sobre el tesoro de Lebrija donde advirtió un parentesco céltico, de labor indígena, estilísticamente entroncado con el Norte de Europa. Sobre los candelabros de Lebrija llegó a proponer paralelos formales —y analogías con formas de cerámicas griegas— entre éstos y la copa de alto pie anillado típicamente numantina. Los comparó igualmente con las copas de alto pie andaluzas de la Edad de Bronce.

Otra de las causas por las que desembocaron las reflexiones de Mélida en este cuadro de sesgo iberista, hay que relacionarla con sus tendencias filohelenistas que le llevaron a interpretar como un plano hipodámico —concebido en el siglo V antes

¹¹ J. R. Mélida *et al.*, *Excavaciones en Numancia*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid, 1912-1924.

de Cristo por Hipodamos de Mileto— la disposición urbanística numantina. Sin embargo, las calles numantinas no se ajustan exactamente a ese trazado. Estableció asimismo un atrevido parentesco entre las cerámicas griegas y las numantinas. Como prueba, el hecho de que las piezas numantinas cedidas al Museo Arqueológico Nacional fueron incorporadas a la sala de antigüedades ibéricas durante años. De esta forma, Mélida hizo recaer sobre Numancia las mismas dependencias artísticas de Grecia que proyectó sobre las producciones escultóricas mediterráneas. Evidenció nuevamente una inclinación helenista al referirse a los vasos rojizos pintados de Numancia como de estilo geométrico y que le llevó a proyectar los ciclos winckelmannianos según los cuales Numancia estaba en idéntica situación a ese delecto del Arte manifestado en el sistema geométrico. A juicio del arqueólogo madrileño, este tipo de ornamentación había nacido de forma espontánea en la Grecia micénica, desaprobando así el criterio etnográfico que vinculaba esta ornamentación al pueblo ario o semítico.

Otras opiniones, como la de Luis Siret, defendían la importación efectuada por los cartagineses y legada por éstos a los iberos. Mélida atribuyó a los ceramistas micénicos el empleo de la línea curva, que para él representaba la belleza sublime. Se detecta aquí un cambio de atribución: si a finales del XIX emparentaba la línea curva con los griegos, en estos primeros años del XX, la obsesión micénica transmitida por Pierre Paris le llevó a emitir una teoría que establecía una importación artística, no de productos, desde Micenas, con una técnica netamente local. El propio Mélida no tuvo otro remedio que reconocer la distancia cronológica entre las fechas micénicas (XII antes de Cristo) y las numantinas (II antes de Cristo) y resolvió este desfase fundamentándolo —con cierta ingenuidad— en una supervivencia de formas. Esta conjetura la acabaría matizando con una mayor presencia de elementos de la Grecia helénica. Debió de asumir interiormente que había entrado en un callejón sin salida con la explicación micénica y relanzó una nueva teoría en la que revelaba una corriente artística con influencias del arte micénico y del arte dorio anterior al siglo VII antes de Cristo. En su razonamiento se detecta un conflicto interno entre el indigenismo y el difusionismo de corte helenista, que a principios de la década de 1920 empezó a decantarse a favor de una visión con sesgo autoctonista cuando Mélida reconoció la facultad artística del pueblo numantino y la expresión de su sentimiento artístico.

Desde el punto de vista urbanístico, la Comisión interpretó correctamente la sucesión de tres Numancias, circunstancia intuida anteriormente por Schulten, y en la campaña de 1915 desveló su fisonomía urbana, formada por diecinueve calles y veinte manzanas. El trazado pudo verificarse gracias a la incorporación de una técnica reciente: la fotografía aérea. En 1917 dos aviadores militares sobrevolaron el Cerro de Garray para obtener instantáneas desde el aire. El material que en mayores cantidades generaba la excavación era la cerámica, que comenzó a ser valorada por Mélida en sintonía con la influencia que ejercieron en él ceramógrafos como el belga Barón de Witte o los franceses Edmund Pottier y Charles Lenormant. Al terminar las excavaciones de la Comisión, su discípulo Blas Taracena abordó, en 1924, el estudio por separado de la cerámica numantina desde la óptica pro-ibérica que le transfirió Mélida. Precisamente fue Taracena el verdadero impulsor del Museo

Numantino en 1919, primer museo monográfico en España que se formaba con el fruto de unas excavaciones. Mélida debió de proyectar sobre este Museo la organización y estructura de los museos monográficos alemanes que tuvo la ocasión de visitar en su viaje al Mediterráneo Oriental de 1898. Hasta la contribución ceramológica del arqueólogo soriano, fue Mélida quien se ocupó en solitario de estos asuntos.

Uno de los puntos más controvertidos fue la decisión de cortar las subvenciones estatales de las que se nutría Numancia. Por una parte, la idea de Estado proclamado por Miguel Primo de Rivera encajaba con una iconografía imperialista más acorde con el pasado romano que con otros períodos históricos, y que acabó favoreciendo a otros yacimientos como Mérida. Parece evidente que Mélida era el más interesado en continuar los trabajos. Sin embargo, debe destacarse que el Marqués de Cerralbo, indiscutible mentor de las excavaciones de Numancia tanto por su contribución económica como por ocupar un lugar en la Vicepresidencia de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, había fallecido en 1922. Su muerte significó entonces que la decisión a adoptar por los ideólogos del Directorio primorriverista debió de encontrar vía libre ante unos miembros de la Junta que no debieron de presentar objeción al nuevo rumbo de la política arqueológica.

A medida que Mélida avanzaba en su trayectoria profesional, aumentaba su proximidad a los entornos academicistas y a las esferas de poder. El punto de inflexión se produjo con su ingreso en la Real Academia de la Historia en diciembre de 1906, tras la lectura de un discurso sobre la *Iberia arqueológica ante-romana*¹² en el que recogía el testigo de la tradición iberista iniciada en la Real Academia de la Historia con Antonio Delgado a mediados del XIX. Adoptó un término apenas usado hasta entonces, ante-romano, para referirse a todo lo acontecido antes de la presencia romana, con lo que eludía incurrir en un error conceptual, cuando la palabra “Protohistoria” se prestaba a confusión y sus límites cronológicos eran inciertos y distintos según cada país. Era la etapa prerromana, básicamente la ibérica, una de las que contaba con más adeptos en España a principios de siglo, en perjuicio de la arqueología propiamente protohistórica, que no despertó el interés de los investigadores hasta unas décadas más tarde. Mélida rehuyó el término Protohistoria, siguiendo a Marcelino Menéndez Pelayo y a Juan Vilanova. En su lugar, propuso el término “colonial”. Llama la atención igualmente el empleo que hizo del término “ibero”, referido a lo ante-romano, como una herencia de la teoría difundida por Manuel de Góngora, en la que lo ibero arrancaba en el Paleolítico. Mélida no siguió las teorías de Góngora pero sí amplió el concepto “ibérico”. Puso un límite al final de esta etapa, la llegada de los romanos a la Península Ibérica, pero no a su comienzo, lo que daba muestras de las imprecisiones cronológicas y culturales que todavía existían entre arqueólogos e historiadores y que Mélida resolvió con esta terminología.

Si Numancia fue su mayor contribución a la arqueología de campo de época prerromana, la excavación de *Augusta Emerita* supuso su gran aportación de época

¹² J. R. Mélida, *Iberia Arqueológica ante-romana* (discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia), Madrid, 1906.

clásica¹³. La excavación de la ciudad romana de Mérida, entre 1910 y 1930¹⁴, se convirtió en su mayor logro y le catapultó dentro de las grandes excavaciones acometidas en nuestro país en el primer tercio del siglo XX. Puede considerarse como el precedente inmediato a la medida que verdaderamente favoreció la eclosión de la arqueología de campo en España: la Ley de 1911¹⁵. Con su programa de excavaciones y publicación de memorias fue el espaldarazo definitivo para coordinar las excavaciones arqueológicas en nuestro país. El enorme potencial arqueológico de *Augusta Emerita* —avalado por el frecuente descubrimiento de mosaicos, inscripciones y espacios urbanísticos y refrendado por la posterior declaración de Monumento Nacional en diciembre de 1912— favoreció su elección como yacimiento prioritario en el que acometer excavaciones. En la designación de Mélida como director de las excavaciones debieron de ser fundamentales los cuatro años de experiencia acumulada en Numancia. Además, tanto él como el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes de entonces, Conde de Romanones, frecuentaban centros académicos comunes como las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes de San Fernando y el Ateneo de Madrid, circunstancia que reforzó sus aspiraciones y le abrió definitivamente las puertas de la dirección.

En el proceso de excavación de esta ciudad romana se recurrió a los métodos aplicados entonces en la arqueología prehistórica, como las clasificaciones tipológicas o los principios estratigráficos, si bien se contaba con referentes cronológicos más próximos como estructuras arquitectónicas o inscripciones latinas. A diferencia de Numancia, se trataba de una época mejor conocida y con menos margen para la interpretación y el complemento fabulador y legendario. Por tanto, se hacían lecturas más técnicas y menos literarias sustentadas en patrones conocidos. Mientras en las excavaciones de Numancia fueron arqueólogos alemanes los que inauguraron los trabajos en el siglo XX, las acometidas en Mérida fueron dirigidas únicamente por arqueólogos españoles. De alguna manera, el colonialismo científico reconocido, en un principio, en el caso numantino fue sustituido progresivamente por la suficiencia española reafirmada en la exclusividad nacional de las excavaciones emeritenses. Esta idea entronca con la reivindicación de Mélida de fomentar la ciencia española, el fin de la intrusión extranjera para estar a la altura del entorno europeo y la nueva línea de actuación y gestión iniciada tras la Ley de 1911. Una gestión que consistió en la constante suscripción de oficios proponiendo la adquisición y excavación de propiedades particulares, reglamentadas por el artículo 4 de la Ley de 1911. Deben tenerse en cuenta las dificultades espaciales derivadas de excavar una ciudad oculta bajo construcciones modernas, así como la excavación y consolidación de los restos exhumados.

¹³ J. Álvarez Sáenz de Buruaga, "Don José Ramón Mélida y don Maximiliano Macías. Su obra arqueológica en Extremadura", *Revista de Estudios Extremeños* 2, 1945, 193-207.

¹⁴ J. R. Mélida *et al.*, *Excavaciones de Mérida*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid, 1912-1932.

¹⁵ A. Yáñez Vega, "Estudio sobre la Ley de Excavaciones y Antigüedades de 1911 y el reglamento para su aplicación en 1912", *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, 1997, 423-429.

El equipo en el que se apoyó Mélida, y en el que Maximiliano Macías fue su hombre de confianza, revela una progresiva especialización de sus miembros en la que hay que destacar la incorporación de un arquitecto. En esta decisión debió de influir su colega Théophile Homolle y su reclamación de algún entendido en labores gráficas, levantamiento de planos y dibujos a finales del XIX. Mélida no fue un buen dibujante, labor en la que se valió de sus hermanos, especialmente de Arturo, para ilustrar sus novelas. Sin embargo, tomó conciencia de la importancia que tenía la aplicación del dibujo técnico en las excavaciones arqueológicas de Numancia y *Augusta Emerita*, como atestigua la asignación de un especialista para esta tarea específica tras sus contactos con Homolle.

En cuanto al urbanismo emeritense, Mélida promovió la excavación y conservación de los grandes edificios públicos, quedando el foro como único espacio pendiente de una actuación que sería acometida por otra generación de arqueólogos. En sus razonamientos y análisis arquitectónicos, tuvo en Vitrubio y en Pompeya a sus principales referencias y fuentes de consulta. Contrastaba ambas con los testimonios literarios de Ovidio o Virgilio, demostrando su profundo conocimiento de las fuentes clásicas aplicadas a la arqueología emeritense. Fechó tanto el anfiteatro como el teatro en tiempos de Augusto —actualmente se barajan cronologías de mediados del siglo primero después de Cristo— si bien atribuyó las estatuas del teatro y su magnífico decorado a artistas griegos de la época de Adriano. Asimismo, relacionó la disposición de algunas casas romanas con la influencia griega. Los hallazgos escultóricos y epigráficos, en cuyo estudio contó con el auxilio del gran epigrafista Fidel Fita, centraron casi toda la atención de sus publicaciones, especialmente el “Boletín de la Real Academia de la Historia” y las “Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades”, en las cuales el arqueólogo madrileño siguió dando muestras de las inclinaciones filohelenistas detectadas en los parentescos de estilo. Desde 1915, la excavación del anfiteatro y aledaños fue abordada de forma sistemática. Sobre una torre y tramo de muralla que quedaron adosadas al anfiteatro Mélida emitió una teoría de sesgo autoctonista, que relacionaba estos restos con una citania o castro de factura indígena, que debieron de quedar en pie tras ser arrasados por los romanos. Se percibe en esta conclusión la influencia que el paradigma indigenista de Pierre Paris había imprimido a los planteamientos de Mélida, en los que volvía a aflorar —como en Numancia, Caesar Augusta, Alesia o Massada— el modelo histórico-cultural del sometimiento de Roma sobre los pueblos indígenas. De esta manera se repetía un sugerente escenario que replicaba el debate “difusionismo versus indigenismo”. El punto culminante de las campañas realizadas desde 1910 fue la instalación del Museo de Mérida entre 1929 y 1931, bajo el acertado criterio de un experimentado Mélida y su compañero Maximiliano Macías.

El ciclo de Mélida como arqueólogo de campo se cerró con las excavaciones llevadas a cabo en *Ocilis* (Medinaceli, Soria) entre 1924 y 1925, en alternancia con los trabajos de Mérida. Se trataba de un episodio directamente relacionado con la intención que tenía el Marqués de Cerralbo de completar el mapa arqueológico de la provincia de Soria. Los habituales encuentros en el Palacio del Marqués en Santa María de Huerta, y la pertenencia tanto de Mélida como de Cerralbo a la Comisión Eje-

cutiva de Numancia reforzaron la afinidad entre ambos y la elección de Mélida como responsable de las excavaciones de *Ocilis*. El icono por excelencia de Medinaceli, su arco romano, fue interpretado con acierto por Mélida como un hito de demarcación construido en tiempos del Imperio para delimitar el convento jurídico cluniense. El resto de las intervenciones arqueológicas sirvieron para identificar la población anterromana en un cerro cercano y un tramo de la muralla.

En su trayectoria profesional, Mélida mostró un distanciamiento respecto a la Prehistoria que sólo dejó de lado para tratar cuestiones cerámicas, en las que tuvo a su amigo Jorge Bonsor como principal mentor. Se pronunció sobre el origen de la cerámica de Ciempozuelos y la cultura del vaso campaniforme cuando no solo negó su origen céltico sino que defendió su manufactura indígena, rompiendo así con los esquemas difusionistas que presidían gran parte de sus reflexiones científicas. Sin embargo, se dejó llevar por el hiperdifusionismo británico —de Grafton Elliot Smith o William James Perry— y por las tendencias egiptocentristas de Rada y Delgado cuando relacionó la ornamentación de algunos vasos prehistóricos egipcios con los signos representados en la cueva almeriense de los Letreros; las de Batanera y Fuencaliente, en Ciudad Real; las de Zuheros y Carchena, en Córdoba; y otras ubicadas en las Islas Canarias. Siguió igualmente apegado a una pauta egiptocentrista al tratar de buscar las raíces de la escritura en el país del Nilo y no dudó en emparentar la Cueva de Menga (Antequera, Málaga) con la arquitectura arquitrabada del templo situado en el complejo funerario de Keops.

Aunque mantuvo una considerable distancia respecto de temas relacionados con la Prehistoria, Mélida se convirtió en socio fundador y presidente de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria en mayo de 1921, por iniciativa de Manuel Antón y Ferrándiz. Puede interpretarse como un cargo cuasi honorífico si tenemos en cuenta que Mélida no destacó en ninguna de estas tres áreas científicas. A través de la Antropología Física penetró en España la teoría de los círculos culturales, gestada en Alemania en los años 1920, y según la cual los rasgos culturales que habían perdido su inicial unidad geográfica permanecían juntos y se difundían. La instrumentalización política de que fue objeto esta teoría tuvo un impacto ideológico delicado por las interpretaciones etnicistas a las que se prestaba. No obstante, Mélida no se vio afectado por esta corriente que tuvo en el prehistoriador alemán Gustav Kossinna a su principal representante y cuyo principal discípulo entre la nueva generación de arqueólogos españoles fue Pedro Bosch Gimpera. Sí mantuvo contacto Mélida con su compañero en la Real Academia de la Historia Hugo Obermaier. Aparte de coincidir en la Universidad Central de Madrid, Mélida y Obermaier participaron en el proceso de institucionalización de la Arqueología y la Prehistoria respectivamente. Los dos combatieron el diletantismo de sus disciplinas cuando el límite entre ambas seguía siendo confuso. De hecho, Mélida fue de los primeros arqueólogos que vivieron profesionalmente de su sueldo e incentivos como técnico en el campo de la Arqueología.

El megalitismo fue uno de los temas centrales del discurso que pronunció en 1906. En él reforzó su teoría de la desvinculación de los monumentos megalíticos respecto de los celtas “*pues ya nadie puede atribuir los monumentos megalíticos a los celtas, cuya invasión se efectuó en la Edad del Hierro*” y aprovechó para ads-

cribir las tumbas dolménicas a una “*característica no de una raza, sino de un estado de cultura, no privativos de un pueblo sino de todos*”. Evidenciaba, una vez más la proyección de los ciclos winckelmannianos sobre los usos y costumbres de un pueblo. Suponía poner en duda la validez de los principios difusionistas para contemplar una evidencia cultural como el megalitismo desde la concepción cíclica del progreso. A pesar de este enfoque, partía de una estructura piramidal en la que la construcción megalítica ideal era la tumba de cúpula y su ejemplar más perfecto estaba representado por el llamado *Tesoro de Atreo*, en Micenas, distinto ya de las construcciones dolménicas. Atribuyó el origen y expansión geográfica de las tumbas micénicas al Mediterráneo y, en el caso del tipo dolménico, a las regiones septentrionales de Europa. Sobre la expansión y origen de un foco inicial radicado en Oriente, su opinión estaba en línea con la emitida por Joseph Déchelette y Oscar Montelius. Mélida expuso un cuadro histórico en el que la invasión doria del siglo XII antes de Cristo determinó la inmigración y consiguiente difusión por las islas y costas orientales y occidentales del Mediterráneo de los primitivos habitantes de Grecia, bautizados como *pelasgos*. Cronológicamente, planteó el declive de los dólmenes, como forma de sepultar, cuando el hombre abandonó los palafitos, en torno al año 1.000 antes de Cristo. En otro de sus planteamientos propuso la vía del litoral atlántico como la primera en abrirse, lo que explicaba la abundancia de monumentos megalíticos en la costa occidental y región suroeste de Francia, Islas Británicas y Escandinavia. Sin embargo, detectó una anomalía en este razonamiento: la distribución geográfica de Norte a Sur se rompía en el caso del Sur peninsular, donde se hallaban ambos tipos, el dolménico y el micénico. Se adivina cierto regusto orientalista en los planteamientos de Mélida, quien continuaba concediendo al Mediterráneo Oriental toda la iniciativa civilizadora responsable del posterior devenir histórico en el entorno mediterráneo europeo.

Lo cierto es que la cronología manejada para los megalitos europeos —sobre todo después de que Colin Renfrew revisara las fechas en los años 1970— era mil años anterior a la de los megalitos del Mediterráneo Oriental. Hoy día el megalitismo se concibe como un fenómeno plural y poligenista, sin que necesariamente haya tenido que mediar entre las distintas zonas o brotes una relación directa. En ese aspecto, Mélida interpretó el megalitismo, con agudeza interpretativa, como un fenómeno que no debía concebirse bajo un esquema difusionista.

Sobre la Edad del Bronce, el arqueólogo madrileño barajó como fechas de principio y fin del período el 3.000 y el 1.100 antes de Cristo, denotando cierta oscuridad e inmadurez en el conocimiento de la transición entre el Eneolítico y el Bronce Final. El error, por exceso de antigüedad, cometido por Mélida fue similar a la propuesta de Luis Siret, quien —por defecto— asignó una fecha muy tardía para el Eneolítico o Calcolítico actual: 1.500-1.200 antes de Cristo. En una nueva reflexión cronológica de 1916, Mélida consideró acertadamente como tardías las propuestas de Siret y convino, como Déchelette, una fecha del 1.900 antes de Cristo para el arranque de lo que él llamaba “período ibero”. Y en su última propuesta de 1929 volvió a modificar la fecha de inicio, esta vez situada entre el 2.500 y el 2.000 antes de Cristo. Seguía pesando en él cierto desconcierto por tener que asignar a un mismo horizonte cronológico —Edad de Bronce— manifestaciones arquitectónicas

tan distintas como los castros de Galicia, las citanias de Portugal, las construcciones ciclópeas de Tarragona o las construcciones de Baleares. Por eso adoptó en 1916 como solución terminológica el “período ibero”, reconociendo el distinto desarrollo que había experimentado cada zona de la Península, con lo que rechazaba una visión cultural unitaria para la Edad del Bronce. En cuanto a la Edad del Hierro, propuso como límites el año 1.100-900 y la destrucción de Numancia en el 133 antes de Cristo.

Una de las facetas más activas de Mélida en su madurez fue su vinculación con las Reales Academias. Su inclusión oficial en los entornos academicistas se había producido con su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1899, circunstancia que se vio favorecida por ser hermano de Arturo Mélida. Ya pertenecían a esta Corporación miembros del Cuerpo Facultativo y profesores de la Escuela Superior de Diplomática como Juan de Dios de la Rada y Delgado o Juan Facundo Riaño, que habrían de convertirse en sus mentores. También coincidió en ella con hombres como Antonio Cánovas del Castillo, Rodrigo Amador de los Ríos o José María Esperanza Solá. La pertenencia de José Ramón Mélida a esta Real Academia le permitió canalizar su afición por la Pintura, transmitida por su hermano Enrique, en numerosos discursos y publicaciones donde dio muestras de su faceta como crítico. Asimismo, impartió cursos en el Ateneo entre 1895 y 1902 sobre temas pictóricos y mantuvo contacto con pintores como Bartolomé Maura, Joaquín Sorolla, Eduardo Chicharro, Rogelio de Egusquiza o Jorge Bonsor. Para él, pertenecer a esta Real Academia le supuso una formación complementaria y una privilegiada posición gracias al contacto con otros académicos y artistas como Pedro de Madrazo, Mariano Benlliure, Daniel Urrabieta o Jerónimo Suñol. Igualmente, pudo ampliar conocimientos gracias a su estudio sobre los Velázquez de la Casa Villahermosa.

Como miembro académico participó, además, en la incoación de informes y en la consulta técnica a la hora de tomar decisiones sobre la protección o restauración de los edificios y yacimientos más emblemáticos del país, lo que le convertía en copartícipe de la gestión patrimonial desarrollada por esta institución desde mediados del siglo XIX, sobre todo desde la Ley de 1911. Mélida llevó a cabo una particular “cruzada” editorial, desde las Reales Academias de La Historia y Bellas Artes de San Fernando, consistente en elevar informes y reclamar obras de rehabilitación y declaración de monumento histórico para algunos yacimientos, iglesias u obras arquitectónicas de nuestro país. Propuso incluso la integración de estructuras antiguas —como murallas, edificios o templos— en el entramado urbanístico de algunas ciudades. El mismo año de su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1899) se hizo cargo de la nueva edición de la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, cuyos principales impulsores habían sido los más allegados alumnos de la Escuela Superior de Diplomática y los miembros más activos del Cuerpo de Archiveros, como Narciso Sentenach, Juan Menéndez Pidal o Ricardo de Hinojosa. El tratamiento de temas protohistóricos se convirtió en una de las preferencias de la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, sobre todo a raíz del impacto que tuvo la sucesión de hallazgos escultóricos de época ibérica.

El escalafón académico de Mélida alcanzó su cenit cuando fue nombrado Anticuario Perpetuo de la Real Academia de la Historia el 13 de diciembre de 1913, en

sustitución de Fidel Fita. El epigrafista catalán apoyó a Mélida por segunda vez: como Académico y como Anticuario. El paso del arqueólogo madrileño por el gabinete de antigüedades coincidió con un momento en el que disminuyó el ritmo de actividad del gabinete¹⁶. Una de las consecuencias hay que atribuirla a la progresiva pérdida de competencias de la Real Academia de la Historia y otra al dinamismo y empuje cobrado por el Museo Arqueológico Nacional, que se había visto reforzado por la labor emprendida por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades desde 1911. La gestión de Mélida en el Gabinete se dejó notar especialmente en la política de depósitos del Museo del Prado tras la dispersión del material contenido en el Museo Iconográfico, treinta años después de su inauguración en 1879, así como en la organización de las antigüedades en cuatro vitrinas con amplias vidrieras y armarios. Hay que tener en cuenta que desempeñó su labor en pro del engrandecimiento cultural de la institución y el suyo propio, sin ningún incentivo económico. Como miembro de la Corporación, redactó numerosos informes, donde se detectaba el mayoritario tratamiento de temas de cronología romana. Este hecho se debe, en parte, a la herencia epigráfico-numismática dejada por su predecesor en el cargo, Fidel Fita.

A modo de balance por etapas, la arqueología española del período 1875-1911 fue más decisiva y dinámica que la comprendida entre 1911 y 1936. Mélida representa perfectamente este descenso de aportación individual y refleja fielmente cómo el perfil disciplinar de la Arqueología se vuelve más plano en este segundo período, inaugurado con la entrada en vigor de la Ley de 1912. Con una renovada estructura funcional en el ámbito arqueológico y el nuevo orden legislativo ya en marcha, gracias al “reciclaje” llevado a cabo desde la llamada “Arqueología de la Restauración”, la arqueología española entró en una etapa más productiva pero menos creativa en la que la intervención estatal iría recortando el protagonismo que antes recaía sobre individualidades e iniciativas privadas. Poco a poco se habían digerido las nuevas pautas que transportarían la Arqueología hacia un concepto más maduro y acorde con el resto de países europeos. En cuanto a Mélida, si aplicamos una mirada crítica sobre su *cursus* institucional, observaremos que su trayectoria siempre estuvo ligada a aquellos centros que mayor pujanza presentaban en cada momento. Se trata de un acierto en el que supo aproximarse a los lugares donde se respiraba una mayor intensidad de clima cultural y arqueológico, un intercambio recíproco en el que los distintos centros se favorecieron también de la contribución de una personalidad con la talla científica de José Ramón Mélida.

Su labor de museólogo y conservador fue otra de sus grandes aportaciones, desde que ingresó en el Museo Arqueológico Nacional a finales de la década de 1870. Entre 1906 y 1916 Mélida compatibilizó sus tareas en la Comisión Ejecutiva de Numancia con su dirección en el Museo de Reproducciones Artísticas, cargo que venía desempeñando desde 1901 y que supuso una plataforma museológica antes de dirigir el Museo Arqueológico Nacional. Sus habituales contactos con museos

¹⁶ M. Almagro Gorbea, *El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1999.

Europeos, especialmente alemanes, reforzaron sus relaciones e intercambios tanto a nivel personal como institucional, recurso necesario para un museo que no contó con taller propio hasta 1920. En el proceso de entregas, envíos y recepciones con centros extranjeros se dejó notar el estallido de la Primera Guerra Mundial. En el ámbito nacional, las excavaciones de Mérida nutrieron al Museo entre 1915 y 1916, con el lógico impulso de quien fue su director.

Mérida alcanzó la cima de su carrera con el nombramiento de director del Museo Arqueológico Nacional en 1916, sustituyendo a Rodrigo Amador de los Ríos. Tras el paréntesis del Museo de Reproducciones Artísticas entre 1901 y 1916, volvía a la institución que le había visto nacer en el ámbito museológico, llevándose consigo a Casto María del Rivero. Suponía la confirmación de su madurez profesional, después de una trayectoria en la que había marcado el paso hacia un modelo administrativo y profesionalizado, distanciado ya del diletantismo característico de las décadas precedentes. Hasta ese momento, Mérida había acumulado una experiencia que le convertía en el arqueólogo con trayectoria más sólida, tras ocupar los cargos más representativos del panorama arqueológico nacional. Gracias a su perseverancia y a un encomiable trabajo tanto de arqueólogo de gabinete como de arqueólogo de campo, se adaptó a su tiempo, progresando de forma paralela a la evolución institucional de la disciplina.

En cuanto a la gestión llevada a cabo como director del centro, Mérida imprimió un dinamismo tal a la política de adquisiciones y donaciones que en sus primeros meses en el cargo ya había tramitado la incorporación al Museo de más de 1.300 piezas. Algunas de ellas procedían de la ciudad de Mérida, ante el lógico estímulo de quien era además su director. Su política seguía caracterizándose por un talante aperturista y encaminado hacia la identificación del gran público con la cultura nacional, tratando así de acabar con la exclusividad y el hermetismo de aquella erudición de corte decimonónico que acaparaba con celo las cuestiones culturales. Desde su adopción de corrientes y valores como el *Volk* herderiano, la Intrahistoria krausista o el Regeneracionismo, los museos fueron contemplados por él como centros de instrucción y culturización que interpretaban la Historia a través de la cultura material de los pueblos y no a través de versiones literarias que concedían más espacio a la interpretación. Para Mérida, el Museo Arqueológico Nacional era el centro idóneo para proyectar una visión del pasado en la que tenían cabida no sólo las manifestaciones artísticas del hombre sino su cotidianeidad.

En cuanto a la clasificación de piezas, éstas estaban organizadas en cuatro salas —Protohistoria y Edad Antigua, Edades Media y Moderna, Numismática y Dactilografía y Etnografía— en las que seguía imperando una visión imprecisa que contenía aleatoriamente tanto criterios cronológicos como materiales. Los objetos prehistóricos estaban incluidos en la sala de “Protohistoria”, como si replicase la denominación propuesta por Juan Vilanova y Piera de llamar “Protohistoria” a la “Prehistoria”, de quien precisamente rechazó la propuesta de llamar “Edad del Cobre” al período que Mérida prefirió designar “Eneolítico”, equivalente al “Calcolítico”. Mérida se había opuesto desde un principio a utilizar el prefijo “Pre”, por considerarlo una separación artificial y descalificatoria que negaba a la Prehistoria su condición de histórica. Sí apoyó, sin embargo, la propuesta de Vilanova de

una clasificación de culturas prehistóricas con una secuencia referenciada en yacimientos españoles y no franceses, respondiendo a un nuevo intento de sacudirse el padrino francés. En la misma línea se inscribe el intento paralelo llevado a cabo por Juan Cabré y Blas Taracena para sustituir los términos Hallstatt y La Tène por una periodización hispánica, en los años 1920.

La contribución de Mélida a la arqueología española se completa con la publicación de manuales y catálogos. Entre los años 1907 y 1910, Mélida llevó a cabo su primer gran trabajo: el Catálogo Monumental de Badajoz. Se situaba en la línea de los *Monumenta* o los *Corpora* llevados a cabo por países europeos y representaba la incorporación de un pensamiento organizador, dominado por los preceptos positivistas y los planteamientos racionalistas. Supuso ampliar el concepto de monumento para incluir los de yacimiento y ruina. Para componer este catálogo emprendió un interesante trabajo de campo, relacionándose con lugareños y eruditos locales, efectuando fotografías y recurriendo a la tradición oral. De alguna manera, seguía los principios adquiridos en la Institución Libre de Enseñanza de contacto con la Naturaleza y conocimiento directo del objeto de estudio. Entre las aportaciones científicas del catálogo, figura la documentación inédita que recogió en el apartado de monumentos megalíticos, donde llama la atención que concibió estas construcciones más como monumentos que como construcciones prehistóricas. En cuanto a la asignación prerromana correspondiente a esta provincia, Mélida habló de celtíberos para una provincia a caballo entre territorio vetón, turdetano y lusitano.

Complementario del Catálogo de Badajoz puede considerarse el Catálogo de Cáceres. Seguía el mismo sistema de clasificación histórico-cronológico y denota una ardua labor recopilatoria en museos locales. Se apoyó en cuantiosa documentación adquirida de los archivos cacereños y recurrió a menudo a la información legada por viajeros de otros siglos. Llama la atención la intención patriótica de Mélida reflejada en el criterio de clasificación cronológica empleado, cuando englobó en el mismo capítulo la Reconquista y los tiempos modernos. Suponía marcar un punto de inflexión en el concepto de patria española. Con la Reconquista se suponía que arrancaba la esencia de la nación española contemplada desde la óptica del momento en que vio la luz este catálogo: la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Los dos catálogos extremeños suponen el primer intento acometido por Mélida de inventariar todos los vestigios susceptibles de ser valorados desde la óptica histórica o monumental. Debe valorarse el hecho de que fueron los primeros catálogos en ser publicados ya que el resto de catálogos provinciales, confeccionados por otros autores, quedaron inéditos o vieron la luz mucho más tarde de haber sido elaborados.

El manual de Mélida que sin duda gozó de más reconocimiento en el ámbito editorial fue el de *Arqueología española*, publicado en 1929 y reeditado en 1936 y 1942. Curiosamente fue incluido en la sección de artes plásticas de la colección y no en la sección de ciencias históricas, lo que evidencia una consideración más artística que histórica por parte de los editores. Fue un manual muy celebrado ya que no tenía precedentes en un país que recelaba de visiones de conjunto y síntesis. En definitiva, se trataba de un compendio con el que Mélida pretendía recopilar y actualizar el estado de la arqueología española. Una de las novedades fue la incorporación de obras españolas al apartado bibliográfico, revelando que se había nutri-

do mayoritariamente de historiadores y arqueólogos de nuestro país. Una lectura inmediata nos lleva a relacionar este hecho con una mejora científica española experimentada en el primer cuarto del siglo XX, en contraste con la escasa producción e iniciativa de los arqueólogos españoles de décadas anteriores, a los que eclipsaron los arqueólogos foráneos llegados a España desde mediados del XIX.

Una de las colaboraciones más activas de José Ramón Mélida en el marco de la arqueología internacional fue su aportación al *Corpus Vasorum Antiquorum*¹⁷, proyecto cuyo principal mentor fue Edmund Pottier. El ceramógrafo francés había propuesto en 1919 que España se incorporara a las labores del *Corpus Vasorum Antiquorum* de la mano de José Ramón Mélida, a quien acudieron tanto él como Théophile Homolle a finales de la década de 1920. Los habituales contactos entre Mélida y los ceramógrafos galos debieron de favorecer su elección, en la que queda patente la buena consideración internacional de Mélida en materia ceramológica. Este ambicioso proyecto respondía a la ideología positivista impulsada años atrás por Auguste Comte, que tuvo en los *Corpora* y los *Monumenta*, concebidos al calor de las aspiraciones enciclopédicas, a sus precedentes más directos. Trataba de recoger todo el material cerámico existente de la antigüedad, incluyendo la Protohistoria y la Prehistoria, con el objetivo de crear un modelo científico objetivo basado en métodos clasificatorios. Entre 1930 y 1933, Mélida completó los dos primeros fascículos españoles del *Corpus*, escritos en francés tras la negativa del Comité de Bruselas de aceptar la redacción en lengua española a pesar de que ésta había sido admitida ya como lengua oficial en congresos internacionales. Tras la muerte de Mélida y la Guerra Civil, quedó en suspenso la participación española en el *Corpus*, retomada por Cataluña a través del Institut d'Estudis Catalans a partir de los años 1950.

Las publicaciones relacionadas con la época romana acapararon los últimos años de la vida de José Ramón Mélida. Con la llegada al poder de Miguel Primo de Rivera en 1923, se sucedieron las protestas universitarias y las manifestaciones lideradas por un amplio sector de la intelectualidad española entre los que se encontraban Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset o Luis Jiménez de Assúa. No obstante, Mélida se mantuvo al margen de las desavenencias y brotes reivindicativos surgidos contra la dictadura primorriverista en los círculos intelectuales y culturales. Alejado de cualquier filiación ideológica, era ya un septuagenario ensimismado en sus tareas de historiador, cuya última etapa la había vivido al calor de los entornos conservadores que no representaban amenaza para el nuevo régimen. La preponderancia clásica que emanaba el nuevo gobierno y que más adelante acabaría recibiendo un importante impulso por gobiernos totalitarios como el alemán y el italiano, inclinó a Mélida a adentrarse en la temática romana. Es posible que la asimilación de la existencia de una cultura ibérica original y distintiva fuera casi completo y Mélida decidiera encauzar los últimos años de su vida hacia la publicación de asuntos relacionados con la presencia romana en la Península Ibérica. Por ejemplo, la monografía dedicada al Disco de Teodosio en 1930; un capítulo del volumen titulado *Arte*

¹⁷ R. Olmos Romera, "El Corpus Vasorum Antiquorum, setenta años después: pasado, presente y futuro del gran proyecto internacional de la cerámica antigua", AEA 62, 1989, 292-303.

clásico (*Grecia y Roma*), dirigido por Gerhart Rodenwaldt, en 1931; y un manual de *Arqueología Clásica*, en 1933. Se trataba de análisis preferentemente artísticos y divulgativos que atendían a la llamada historia externa de los pueblos. Reflejaban una labor más recopilatoria que reflexiva e interpretativa. Eran obras necesarias desde el punto de vista académico porque cubrían vacíos editoriales, pero tuvieron escasa repercusión científica.

El último estamento al que se incorporó Mélida fue la Universidad. En 1912 alcanzó la cátedra de Arqueología de la Universidad Central de Madrid, con 55 años de edad. Era un momento de transición hacia un nuevo concepto más acorde con la apertura, el intercambio cultural y el dinamismo de la enseñanza universitaria española, después de un período en el que la Universidad se fundamentaba en ejercicios memoristas y libros de texto mediocres. Desde principios del XX, el debate historiográfico empezó a canalizarse desde la recién creada Universidad, que empezaba a convertirse en el núcleo germinal que el gremio de historiadores necesitaba para su cohesión profesional. Mélida proyectó entonces sus conocimientos sobre las clases impartidas en las aulas de la Central, donde puso a disposición del alumnado un *Programa de Arqueología*¹⁸ en el que ya adoptaba totalmente la periodización protohistórica que rompía con la consideración decimonónica de dar comienzo a la cultura ibérica en la Prehistoria. A sus clases asistieron futuros arqueólogos como Juan de Mata Carriazo, Cayetano de Mergelina o Antonio García Bellido. Este último relevó a Mélida en la cátedra en 1931 y estuvo ligado a ella durante 42 años, siendo considerado por la crítica arqueológica, junto con Antonio Blanco Freijeiro, como uno de los últimos representantes de la *Kunst-Archäologie* por su óptica de derivación artística.

La muerte de José Ramón Mélida sobrevino el 30 de diciembre de 1933. Sin embargo, su legado como arqueólogo encontró una continuidad en las generaciones que le precedieron, realzando su figura y valiéndose de los adelantos acometidos por él tanto en trabajos de campo como en labores de gabinete. En el Museo Arqueológico Nacional, la dirección de Francisco Álvarez-Ossorio desde junio de 1930 supuso una proyección de los cambios y mejoras propuestos por Mélida en sus últimos años de vida, hasta que fue relegado de su puesto en plena Guerra Civil. Con Álvarez-Ossorio, se introdujeron criterios modernos, concretados en nuevos proyectos y nuevas instalaciones si bien se mantuvieron los criterios de catalogación, clasificación y exposición impuestos por Mélida. De él aprendió también “*que para reconstruir nuestra arqueología eran necesarios trabajos prácticos, excavaciones*”.

En la Universidad Central, el testigo de Mélida fue recogido por Antonio García y Bellido. Una de las facetas en las que siguió los pasos de Mélida fue la investigación arqueológica de las dos provincias extremeñas, Cáceres y Badajoz, sirviéndose como guía del Catálogo Monumental confeccionado por el propio Mélida. Haber tenido a un maestro como Mélida, además de Obermaier y Elías Tormo, debió de favorecer el cientifismo de este arqueólogo, que encabezó una escuela de arqueólo-

¹⁸ J. R. Mélida, *Programa de Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central*, Madrid, 1913.

gos clásicos, a la que pertenecen también Antonio Blanco Freijeiro, Augusto Fernández de Avilés, José María Blázquez, Marcelo Vigil, Guadalupe López Montea-gudo y Luis García Iglesias. García y Bellido heredó de Mélida el pragmatismo y la vocación cultural puestas al servicio de la Arqueología y con él se produjo ya una mención expresa de la cultura ibérica, como culminación de un proceso iniciado, entre otros, por Mélida a principios de siglo. Su obra puede considerarse como una prolongación de la labor patriótica de Mélida, iniciada básicamente por los regeneracionistas de principios de siglo. Procedente también del ámbito universitario, Cayetano de Mergelina fue otro de los arqueólogos que bebieron de las enseñanzas de Mélida, que había favorecido su elección de catedrático de Arqueología, Numismática y Epigrafía de la Universidad de Valladolid en el año 1925. Leyó en 1920 una tesis titulada *Arquitectura megalítica en la Península Ibérica*, tema ampliamente tratado por Mélida a lo largo de su carrera de arqueólogo.

Entre los discípulos de José Ramón Mélida puede citarse también a Blas Taracena, sobre todo en lo que se refiere a los trabajos arqueológicos llevados a cabo en Numancia y a su innegable protagonismo en la creación del Museo Numantino. Nunca llegó a ser un arqueólogo de gabinete ni de grandes modelos teóricos sino que se forjó como arqueólogo de campo con todo lo que aprendió de sus compañeros de Comisión, interpretando con acierto la arqueología en su contexto ambiental y físico. Fue un reconocido especialista en estudios célticos a partir del segundo cuarto del siglo XX, cuando el celtismo se había abierto paso tras una etapa de exaltación de lo ibérico, patente en el propio José Ramón Mélida. Pero su principal tarea fue continuar la línea ceramológica iniciada por Mélida en Numancia, que le llevó a defender su tesis doctoral en 1923 sobre las producciones cerámicas numantinas. Una de las principales herencias del arqueólogo madrileño fue la de seguir calificando como ibérica a la cerámica numantina.

A modo de valoración global, puede considerarse a José Ramón Mélida como el arqueólogo español más representativo del más de medio siglo que transcurre en la etapa comprendida entre 1875 y 1936, no sólo por su pertenencia a las instituciones y centros de mayor prestigio en el ámbito arqueológico sino por su extensa experiencia y *curriculum*. No fue un creador o descubridor excepcional. Su mérito no radica en haber puesto los cimientos de grandes modelos teóricos. Sin embargo, desarrolló una importante labor de consolidación que hizo de la arqueología española una disciplina renovada. Conformó un estilo de arqueólogo heredero de la tradición anticuaría precedente, que supo depurar e innovar para imprimirle nuevos aires en sintonía con los principios positivistas y científicos. Hizo un gran esfuerzo por mejorar el nivel científico español en el campo de la Arqueología, necesidad ya advertida por arqueólogos foráneos como Arthur Engel y Emil Hübner en la década de 1880. Y lo cierto es que consiguió reducir la distancia existente entre la arqueología española y la europea, gracias, en parte, a sus contactos con los hispanistas franceses. Trató de europeizar y despolitizar la ciencia española con el fin de conseguir su autonomía científica, pero contó con una limitación que le colocaba en desventaja respecto a los arqueólogos foráneos. España había quedado fuera de la arqueología colonial —exceptuando Marruecos— desarrollada por Francia, Inglaterra o Alemania, circunstancia que explica el retraso de Mélida respecto a otros

arqueólogos que contaban con una doble formación: en sus países de origen y en los territorios coloniales. Además, el sistema científico español no promovió la formación complementaria de sus arqueólogos en el extranjero hasta 1907.

Mélida representa el acercamiento gradual a la arqueología científica, desde una arqueología condicionada por pautas artísticas e incluso literarias. Se vio inmerso en un contexto dominado por arqueólogos extranjeros que acapararon buena parte de la arqueología española, recibiendo unas altas dosis de formación francesa, favorecida por su dominio de la lengua. Supo aprovechar su estatus funcional para adelantarse a sus colegas foráneos, beneficiándose además de la transmisión de conocimientos y el intercambio de experiencias con arqueólogos europeos, especialmente franceses. Careció de una proyección internacional en el sentido estricto, ya que el alcance de sus relaciones se circunscribió a los estrechos vínculos mantenidos con los hispanistas galos. Este hecho debe atribuirse, por un lado, a la tardía incorporación de la arqueología española a los foros europeos, circunstancia agravada además por el penoso episodio de las falsificaciones del Cerro de los Santos y el desprestigio que trajo consigo al nivel científico español en la década de 1870-1880. Por otro lado, el sistema científico español afectó a personalidades como Mélida, que no contó con el respaldo institucional necesario para mejorar su formación en el extranjero. Tuvo que recurrir al autodidactismo, a esporádicas visitas al extranjero y a estrechar vínculos con la arqueología francesa.

Si su aportación como prehistoriador, limitada a algunas reflexiones acerca de la cerámica y el megalitismo, resulta insuficiente, es incuestionable su contribución en el campo de la Protohistoria. Fue el primer arqueólogo español en adentrarse en la problemática ibérica tras los intentos fallidos de su antecesor Juan de Dios de la Rada y Delgado. Tras la sospecha de un arte ibérico genuino detectada por los arqueólogos franceses León Heuzey y Pierre Paris, Mélida tomó inmediatamente la delantera entre los arqueólogos españoles, abordando incluso la delicada tarea de localizar las falsificaciones del Cerro de los Santos. Acabó articulando una teoría que basculó entre la aceptación tendenciosa del arquetipo clasicocéntrico y la adopción del autoctonismo ibérico como reconocimiento de las culturas emergentes mediterráneas. Aunque tardara en asimilar la visión autoctonista —por el peso de la influencia winckelmanniana, el filohelenismo, el difusionismo y el inmovilismo de parte del entorno academicista que frecuentaba— acabó reconociendo las facultades de la civilización ibérica en torno a la década de 1920, convirtiéndose así en el primer arqueólogo español en sumarse a la creencia de una cultura ibérica con entidad propia y original.

Bajo la mirada de ciertos rasgos indigenistas se produjo también la excavación de Numancia, en la que confluyeron intereses arqueológicos alemanes y españoles. Se trataba de la primera gran excavación respaldada financiera y logísticamente. Mélida contribuyó a engrandecer el simbolismo de Numancia, atendiendo tanto a los objetivos científicos como ideológicos en una excavación casi pionera en la historia de la arqueología española. Gracias a la presencia de los arqueólogos germanos Adolf Schulten y Constantin Könen, Numancia encontró una pronta repercusión internacional, apoyada en las publicaciones alemanas que ampliaron el calado divulgativo de la ciudad arévaca.

En cuanto a su faceta de arqueólogo de campo, Mélida estuvo en sintonía con su época valiéndose de técnicas utilizadas en Prehistoria, principios estratigráficos y clasificaciones tipológicas, que avalan la solvencia de su metodología. Aunque carecía de los métodos aplicados por otros arqueólogos extranjeros que operaban en la Península Ibérica, como Luis Siret o Jorge Bonsor, supo adecuar sus conocimientos adquiridos en Numancia, junto a Eduardo Saavedra y Adolf Schulten, para proyectarlos en la que fue su gran contribución: la excavación de *Augusta Emerita*. Se trataba de la primera gran excavación llevada a cabo íntegramente por técnicos españoles, con Mélida como gran artífice, demostrando la suficiencia alcanzada por la arqueología española en trabajos de campo a partir de la segunda década del siglo XX. Fue su incursión más valiosa en Arqueología Clásica.

Ya en la recta final de su vida, Mélida publicó varios manuales y capítulos de obras enciclopédicas, que resultaron más útiles como libros de consulta que por su relevancia científica. El aumento de citas españolas contrasta con la tradicional exclusividad foránea en obras de consulta, como muestra de la mejoría científica experimentada en nuestro país durante el primer tercio del siglo XX.

El cultivo de la arqueología céltica por parte de Mélida fue pasajero y superficial. El peso de su filohelenismo eclipsó el reconocimiento de un sustrato céltico en la misma Numancia y tuvieron que ser generaciones posteriores —representadas por Pedro Bosch Gimpera, Blas Taracena o Juan Cabré— las que abordaran con más decisión la cuestión céltica.

Su aportación como egiptólogo se redujo a una labor de gabinete y a unos conocimientos teóricos adquiridos más a nivel académico que científico. La egiptología española contaba con un considerable retraso —sólo cabe destacar a Eduardo Toda y a Juan de Dios de la Rada y Delgado— respecto al resto de países europeos, que sólo se enmendó parcialmente a partir de la campaña de Nubia a finales de la década de 1960. Lo que sí dejó huella en Mélida fue la adopción de una óptica egipcista que le llevó a defender la inspiración egipcia en la ornamentación de algunos vasos y monumentos megalíticos de la Península Ibérica.

Uno de los pilares sobre los que asentó su metodología fue el estudio de la cerámica, para el que siguió la estela de ceramógrafos franceses como Edmund Pottier o el Barón de Witte. Su aportación en este campo, desde los estudios de la cerámica numantina, tuvo como momento culminante la publicación de los dos primeros tomos del *Corpus Vasorum Antiquorum* entre 1930 y 1933, que evidencia el reconocimiento tanto nacional como internacional en esta faceta. Mélida, junto con Pedro Bosch Gimpera y Blas Taracena, formó la avanzadilla española del primer tercio del siglo XX en el campo de la cerámica protohistórica.

Desde el punto de vista institucional, el ingreso de Mélida en la universidad española supuso incorporarse a un centro en el que la Arqueología contaba con la exigua trayectoria académica de una década. En el *Programa de Arqueología* diseñado por él, se asimilaba ya una nueva periodización en la que lo ibérico se identificaba con la Protohistoria, rompiendo con el paniberismo de tradición decimonónica. Tras la cátedra desempeñada por Juan Catalina García, Mélida despojó de tintes anticuaristas el programa de su predecesor, ampliando el espectro temático de la asignatura e incluyendo la Prehistoria. No sólo consiguió Mélida adaptar la asig-

natura a los nuevos tiempos sino que su legado en el campo universitario fue continuado y matizado por Antonio García y Bellido, Cayetano de Mergelina o Juan de Mata Carriazo.

Una similar labor depuradora llevó a cabo en el Museo Arqueológico Nacional, donde fomentó la participación e implicación del gran público con el legado material de sus antepasados. Dinamizó la política de adquisiciones y donaciones siempre con la mirada puesta en la construcción de una Historia de España a través de su cultura material. Su labor fue continuada por Francisco Álvarez-Ossorio hasta que la Guerra Civil provocó una ruptura definitiva de su obra.

Por todo lo dicho, debe considerarse a José Ramón Mélida como una de las figuras de la arqueología española en el período comprendido entre el último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Representa el triunfo del modelo de arqueólogo profesional en las décadas finales del siglo XIX que enlaza con una etapa más madura de la Arqueología en España a partir de la Ley de 1911.